Origami
Carlos Be

Origami de Carlos Be se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported.

Origami

Carlos Be

Premio Born de Teatro 2006

Publicado en catalán por Arola Editors (2007)
Publicado en español por Primer Acto (2007) y CELCIT (2010). Traducción del autor
Publicado en gallego por Revista Galega de Teatro (2007). Traducción de Afonso Becerra

Estrenado el jueves 13 de mayo de 2010 en el Teatro Ungelt de Praga
con dirección del autor y el siguiente reparto:

Pavel Batěk como Aldo
Vilma Cibulková como Claudia
Helena Dvořáková como Dora
Vojtěch Kotek como Lenzo

A Fran y a Jan
A Mariajosé, a Teresa y a mi madre

Acto I. Origami

1 *Donde Aldo habla sobre lo que siente al crear y Claudia no puede dormir. Donde parece que nada suceda, pero nada es lo que parece.*

2 *Donde se citan por primera vez la nevera, las pesadillas y a Dalia. Donde Aldo habla sobre el día de su funeral.*

3 *Donde Claudia fuma, intenta poner música y rememora la noche en que corrió bajo la lluvia.*

4 *Donde Aldo explica en detalle la reunión que ha tenido con unos marchantes y donde, con ayuda de Claudia, falsifica una carta.*

5 *Donde Claudia formula su deseo.*

6 *Donde Claudia no resiste la tentación y roba. Se advierte sobre la puerta blanca.*

7 *Donde Claudia y Dora intercambian confidencias y donde se pronuncia el nombre de Aldo de modo extraño. Donde se proporcionan muchas pistas de lo que sucederá.*

8 *Donde Dora habla con su madre y revela información que no era ningún secreto. Y donde la ladrona es atrapada in fraganti.*

9 *Donde Dora indaga en su pasado, donde Claudia parece más permisiva con Dora y donde Aldo habla de las estrategias infalibles.*

10 *Donde se establece cierta complicidad entre Claudia y Dora. Donde se habla del libro.*

11 *Donde Dora recurre a todo lo que sabe para someter a Claudia. Donde aparecen rodillas malheridas, gatos de mentira e, incluso, un médico.*

12 *Donde Aldo y Lenzo conversan y se verifica la teoría de la causa y el efecto.*

13 *Donde aparecen una silla de ruedas, una pajarita de papel, mucho dolor, los enormes ojos del señor Wind y dos sonánvolas y donde se descubre quién quema a Claudia.*

14 *Donde Aldo hace una promesa y donde se prosigue hablando del libro.*

15 *Donde Dora recrimina a Aldo que un beso de amor fuera, en realidad, un beso de odio.*

16 *Donde se abre la puerta blanca.*

Acto II. Imagiro

1 *Donde empieza la papiroflexia humana. Donde Dora pide a Aldo que imagire por un segundo. Y donde Aldo gana un deseo.*

2 *Donde Dora croa.*

3 *Donde Claudia habla de la noche en que corrió bajo la lluvia y en la orilla del estanque encontró a Dalia empapada, llorando y semidesnuda, quien le dijo que Teo no existía. Donde Aldo recuerda ser cómplice involuntario de una culpa. Donde Lenzo habla por teléfono mientras conduce. Donde Dora obedece a Claudia y ama a Aldo.*

4 *Donde Dora manifiesta sus múltiples pliegues.*

5 *Donde Claudia manifiesta sus múltiples pliegues.*

6 *Donde las ranas se baten.*

Acto I

Origami

No hay forma humana de detener los pensamientos.

Henrik Ibsen, *Hedda Gabler*

1

Donde Aldo habla sobre lo que siente al crear y Claudia no puede dormir.
Donde parece que nada suceda, pero nada es lo que parece.

Aldo, Claudia.

Aldo
Cierro... Los ojos... Y se abren... Los túneles... Y mi cabeza explota... En silencio... Y viajo... Como metralla... Por los túneles... Por todos los túneles... Al mismo tiempo... Fugaz... Soy un hombre, soy un ser humano.
El resto... Todo lo demás... Todo lo que no soy yo... Un amasijo amorfo... Queda atrás... Al instante... Tanta la velocidad... Y acelero... Sin dilación... Al pensar no hay obstáculos. Claudia. ¿Qué no puede atravesar la mente?, ¿qué no puede recorrer?, ¿qué no alcanza?

Claudia
Me gusta que me llames Claudia.

Aldo
Tu nombre. Siempre te he llamado por tu nombre.

Claudia
No tengo sueño.

Aldo
No te vayas. Quédate entre mis brazos.

Claudia
Dame una calada.

Aldo
No quiero que fumes. Cuando fumas se te pone esa mirada. Tan fija. Y aún tienes tos. No debiste correr bajo la lluvia. Estas imprudencias a tu edad, no.

Claudia
No me recuerdes la edad que tengo. Esta noche no.

Aldo
Ganaste. Formula un deseo.

Claudia
Me da miedo.

Aldo
Pues que no te dé. Te queda bien el pelo corto.

Claudia
Todavía me peino el cabello. Conservo el ademán de... Esta mañana he dado un brinco. En la cama. Al despertarme. Me asusté. Mi melena. No la encontraba.

Aldo
Formula.

Claudia
Te pediría que…
Lo que deseo queda muy lejano. Como soñar con el otro lado del mundo.
No me atrevo.

Aldo
Deja que los deseos hagan planes.

Claudia
Me recuerdas tanto a tu padre. Otro día te pido mi deseo. Estoy agotada.

Aldo
Se te cierran los ojos.

Claudia
Sí.

Aldo
¿Quieres una nana?
¿Sí?
Ponte cómoda.
A ver cuál se me ocurre.

> "Cucú" cantaba la rana,
> "cucú", debajo del agua.
>
> "Cucú", pasó un caballero,
> "cucú", con capa y sombrero.
>
> "Cucú", pasó una señora,
> "cucú", con traje de cola.
>
> "Cucú", pasó un marinero,
> "cucú", vendiendo romero.

“Cucú”, le pidió un ramito,
“cucú”, no le quiso dar.

“Cucú”, se metió en el agua,
“cucú” y se echó a llorar.

¿Quieres que la vuelva a cantar?
¿Claudia?
Duermes.
Que descanses.

2

Donde se mencionan por primera vez la nevera, las pesadillas y a Dalia.
Donde Aldo habla sobre el día de su funeral.

Claudia, Aldo.

Claudia
Necesito otro café. Por favor, déjame tomar otro café.

Aldo
Tienes mala cara.

Claudia
¿Hinchada? Creo que la tengo hinchada.

Aldo
Para nada. ¿Pesadillas?

Claudia
Ojalá. Me desperté en cuanto te fuiste. Estuve un rato dando vueltas por la casa. No podía dormir, no hubo manera. Subí a la buhardilla a trabajar un poco. Hacía una noche muy bonita, dejé la ventana entornada, el cielo escampado, se veían las estrellas. No siento las yemas de los dedos y me parece que no veo bien. Como si se me fueran a los ojos, tan secos. Y noto como arenilla en los párpados.

Aldo
¿A qué hora te acostaste?

Claudia
No me he acostado.

Aldo
Prefiero que trabajes de día. Con luz natural. Rindes más. Por la noche arrastras el cansancio de todo el día.

Claudia
No volverá a suceder.

Aldo
No sé si creerte. ¿Cuántos pliegues hiciste?

Claudia
Treinta.

Aldo
¿Tantos?

Claudia
Estaba muy despierta. He avanzado mucho.

Aldo
Qué bien.

Claudia
Sobre anoche...

Aldo
¿Tu deseo?

Claudia
No. Quería decirte que… Me gustó. Me gustó mucho que te quedaras conmigo hasta tan tarde. Y que me cantaras una nana. Me sentí como una niña pequeña. Mucho.
Te quiero.
¿No dices nada?

Aldo
Si me quisieras tanto, no fumarías. Me faltan cuatro cigarrillos. Los tenía contados. Cuatro. Faltan cuatro. Anoche te fumaste cuatro.

Claudia
Lo siento.

Aldo
Abróchate bien la bata.

Claudia
Lo siento.

Aldo
Cambiemos de tema. Me cansa repetir siempre lo mismo.

Claudia
¿Has vuelto a tener tu pesadilla esta noche?

Aldo
Sí. ¿Por qué?

CLAUDIA
Tu humor.

ALDO
Necesitamos a alguien para encargarse de la casa.

CLAUDIA
Dalia me comentó que su hermana pequeña buscaba trabajo.

ALDO
Su hermana pequeña. Una persona muy cercana. Y de confianza. Buena idea.

CLAUDIA
Tiene dos hermanas más, mayores, pero creo que viven lejos. Y con hijos.

ALDO
Escribiremos una nota. Una carta. Como si la hubiera escrito Dalia. Diremos que la hemos encontrado en su cuarto. Una carta para su familia. Supongo que algún momento tendrán que preocuparse por ella.

CLAUDIA
¿Qué ponemos?

ALDO
La verdad. Que se ha fugado con el chico que venía a verla por las noches. Que se la ha llevado a la capital. Que querían vivir juntos. Al menos, intentarlo. Suficiente. Tampoco sabemos más. No sabemos nada más. Escueto pero cierto. Llevo la carta a su hermana y aprovecho para preguntarle si quiere trabajar en la casa. ¿Te acuerdas de su nombre?

CLAUDIA
Sara o Sandra, no estoy segura. Podría hacerlo yo.

ALDO
¿Ir a ver a Sara o Sandra?

CLAUDIA
Encargarme de la casa.

ALDO
No es tu trabajo. No quiero que después de tu jornada, tengas que ponerte con la casa. En dos horas he quedado con un cliente. A la vuelta, escribimos la carta.

CLAUDIA
Me gusta cuidar de la casa. Me relaja.

ALDO
Te relaja cuidar del jardín. Lo demás es muy pesado. Te cansarías enseguida. No tienes veinte años.

Claudia
¿Y si buscamos a otra persona? Preferiría un chico.

Aldo
¿Por qué?

Claudia
De un chico no te encariñarías. Como con Dalia.

Aldo
¿No?

Claudia
No.

Aldo
Explícame por qué.

Claudia
Por ser chico.

Aldo
No te entiendo. Cuál es la diferencia.

Claudia
Aldo.

Aldo
Hablo en serio. Además, que quede claro, fue ella quien se encariñó conmigo, no yo de ella. Y te recuerdo que has sido tú que la has sugerido.

Claudia
Se me ha ocurrido de repente, sin pensarlo.

Aldo
Pues decidido. Tengo que irme, voy con el tiempo justo. Y no pienses que estoy de mal humor por tu culpa, sabes que esa pesadilla siempre me cambia el humor.

Claudia
Quizás, después de comer, me acueste una hora. Dalia dejó bastante comida preparada en la nevera.

Aldo
Antes de irme, quería comentarte algo.

Claudia
Dime.

Aldo
El día que me muera, por favor, no me hagas demasiado caso. Sabes hasta qué punto detesto a los muertos.

3

Donde Claudia fuma, intenta poner música y rememora la noche que corrió bajo la lluvia.

Claudia rebusca en la discoteca un disco que no haya escuchado nunca. Le ilusionaría encontrar un disco desconocido, uno, solamente uno, nada más que uno. Necesita un disco nuevo y no lo encuentra porque siempre son los mismos discos, con sus mismas tapas raídas de papel cartón, tan arañadas, tan hastiadamente familiares, los que se suceden en sus manos, los que se burlan de ella con sus sonidos mordidos como muecas en el vinilo de las espirales. Y desiste, furiosa. Uno de los discos escapa de su funda y cae el suelo.
Claudia, turbada, se agacha, recoge el disco, comprueba que no se ha roto y lo devuelve a su funda. Cruza la habitación y saca de un escondrijo particular –los escondrijos, como los secretos, tienen que ser particulares; en el momento en que se comparten, pierden su condición de escondrijo–, saca una arrugada cajetilla de cigarrillos. Horada la cajetilla con los dedos, quedan pocos cigarrillos, y se detiene frente a la puerta blanca que se erige al fondo de la estancia, la única puerta de doble hoja de toda la casa.
Esa puerta no oculta ningún escondrijo ni ningún secreto, no. Aldo y ella conocen lo que existe más allá de aquella entrada, de aquella salida: lo comparten. No encierra ningún escondrijo ni ningún secreto, no. Los escondrijos compartidos se transforman en complicidades.
Claudia se da la vuelta y, de espaldas a la puerta, prende el cigarrillo con el encendedor que lleva siempre en el bolsillo de la bata –otro escondrijo, otro secreto de Claudia–, aspira el humo con profusión, guarda cajetilla y encendedor en el bolsillo, se embelesa con los dibujos del humo en el aire. Y, por unos instantes, su mirada se aleja del presente.
Cuando regresa a la realidad, se percata de que sostiene el cigarrillo encendido en una mano, el encendedor en la otra y un segundo cigarrillo en la boca. Estaba a punto de encenderlo. Cabecea perpleja, apaga el cigarrillo encendido en un cenicero y devuelve el otro a la cajetilla. Regresa a la discoteca y coge el primer disco que salta a sus manos. Lo coloca en el tocadiscos. Música clásica, por supuesto.

–En esta casa no entra otra música –repite Aldo sin cesar.

El primer tema del disco chirría a cuarenta y cinco revoluciones por minuto.
La mirada de Claudia se extravía de nuevo. Hasta que una rana empieza a cantar. Inaudible, al principio. Luego, el croar crece. Lentamente. Se dilata, parasita, carcome, devora la sinfonía con sus eructos como manchas de alquitrán escupidas en el interior más profundo de los oídos. Con rabia. Con asco. Con odio. Melodía estridente y terrible.
Y Claudia grita.

Claudia
¡Calla! ¡Calla! ¡Calla!

4

Donde Aldo explica en detalle la reunión que ha tenido con unos marchantes y donde, con ayuda de Claudia, falsifica una carta.

Aldo, Claudia.

Aldo
¡Diez! ¡Has oído bien! ¡Diez!

Claudia
¡Qué maravilla!

Aldo
Saqué el estuche de la cartera y le crujió el cuello.

Claudia
La habitación. Descríbeme la habitación.

Aldo
Paredes blancas; suelo negro de gres; un ventanal ocupaba una pared entera, con cortina de láminas verticales, negras también; lámparas halógenas empotradas en el techo; mesa oval.

Claudia
¿Qué se veía por el ventanal?

Aldo
La cortina estaba cerrada, sólo entraba un poco de luz. No se veía nada.

Claudia
¿En qué piso estabais?

Aldo
Un séptimo.

Claudia
Lástima. Debía tener buenas vistas.

Aldo
Subimos directamente desde el aparcamiento en ascensor. Rellano, puerta, un vestíbulo, la habitación de paredes blancas, suelo negro. El hombre se sentó frente a mí, la mujer a su izquierda, una mujer con clase, se notaba a la legua. Saqué el estuche de la cartera y le crujió el cuello.

Claudia
¿A él o a ella?

Aldo
A él. Tenías que haberlo visto. Tenso. De cuello para arriba. Y su mirada. Ambición en la mirada. Un marchante: un eunuco que negocia con gónadas de artistas.

Claudia
¿Un marchante?

Aldo
Espera. En cambio, a la mujer se le notaba un interés real por el libro. A ella no le importaban las cifras, ella quería verlo. Y abro el estuche delante de ellos para que lo vean bien. ¡Qué risa, qué risa cuando…! Al tipo se le desencaja la mandíbula. Bizco se queda, los ojos le saltan de las órbitas y ruedan por el suelo. El paradigma de la decepción. Desgraciado, lo imagiré saliendo enfurecido de la reunión arrojando el estuche púrpura en la primera papelera que le sale al paso, ¡tantos ceros por aquel embrollo de papel, cómo va a valer tanto un libro que por no tener ni forma de libro tiene!, lo imagiré llamando a sus guardaespaldas –en el aparcamiento había dos esperando y el chófer–, ordenándoles que me vapulearan en cuanto saliera del edificio.

–¡Sobre todo recuperad el talón, el talón!

Suerte de ella. Sus ojos. Sus ojos sí reconocían. Abrí el estuche y sus pupilas se iluminaron como avispas.

Claudia
Sigue. Cuéntame todos los detalles.

Aldo
Ella abre su maletín y monta –nunca lo adivinarías– una báscula. Sí, una báscula portátil. Él se inclina sobre el estuche y lee el título del libro en voz alta, su voz tan vacía, su manera de pronunciarlo.

–Origami.

Él, gesto de cogerlo. La mujer le detiene. Ella se ha puesto un par de guantes de látex, me pide permiso para sacarlo del estuche. Sí. Lo coloca en el platillo de la báscula. ¿Recuerdas que te comenté que me habían llegado rumores sobre que se verificaba la autenticidad de los ejemplares, aquellos rumores, aquellos métodos extravagantes? Pues son ciertos. Ha pesado el libro. Y ha medido los costados y el lomo con una regla.

–Medidas exactas –le dice al hombre.

Qué ojos, puros aguijonazos.

–Es un original.

El hombre, en su tónica, gasta la broma típica de cretino descerebrado:
–Un Orig-ami orig-inal.

Ella sonríe con condescendencia, sus ojos me piden disculpas por el comentario, tan soez. Sin apartar su mirada de mí, enciende un cigarrillo, se reclina en el asiento y me dice:

–Señor Wind, queremos nueve ejemplares más.

Me coge desprevenido.

–¡Nueve!

–Como bien sabe, la existencia de su libro ha despertado mucho interés en nuestra red comercial, especialmente en oriente. Trabajamos a escala internacional.

¡En oriente, ha dicho! ¡Quieren conocer mi trabajo en oriente!

–Quieren poseerlo –precisa ella–, los coleccionistas no aman tanto el arte como su posesión. Y nosotros se la ofrecemos.

Claudia
No eran clientes.

Aldo
¡Marchantes! ¡Y me han ofrecido sus servicios! Para empezar, necesitan diez ejemplares del libro. ¡Diez! ¡Y ya tienen compradores!

Claudia
¡Demanda!

Aldo
¡Tenemos demanda!

Claudia
¡El sueño de tu padre, por fin! ¡Voy a ponerme a trabajar inmediatamente! ¡En nueve meses, los libros, listos!

Aldo
Tres.

Claudia
¿Qué?

Aldo
En tres meses. Los quieren en el plazo de tres meses.

Claudia
¡Imposible! ¡Tres meses! ¡Noventa días! ¡Nueve días por libro! ¡Tan solo!

Aldo
No son diez libros. Ya tienen uno. Son nueve. Diez días por libro.

Claudia
No…

Aldo
He cobrado por adelantado. Hay que hacer nueve libros más en tres meses.

Claudia
No podré…

Aldo
Esta tarde llamaré sin falta a Sara o Sandra. Si le interesa el puesto, es suyo. No podemos esperar más tiempo, a que alguien eche de menos a Dalia. Qué mala suerte, precisamente ahora tenía que dejarnos, no podía elegir un momento más oportuno. Tenemos que redactar la carta.

Claudia
Aldo, no podré.

Aldo
Podrás. Te ayudaré.

Claudia
¿Me ayudarás? ¿Es por el dinero?

Aldo
Por las almas. La tuya y la mía. Recuerda que las almas se compran con dinero. Y, por fortuna, de nuestras almas, nosotros somos los vendedores.

* * *

Aldo
"Estimada Sara".

Claudia
¿"Sara"?

Aldo
Mejor encabezar la carta con un "Hermana" o un "Sara" a secas.

Claudia
¿Y si se llama Sandra?

Aldo
Verdad. Sin saludo. Ponemos su nombre en el sobre. Y preparas dos sobres, cada uno con un nombre. Luego escribes otra carta, como esta, idéntica, y la metes en el otro sobre.

Claudia
Estas listas de Dalia resultan ilegibles, qué letra más caótica.

Aldo
No te preocupes, no necesitas reproducir su letra de manera fidedigna, no me extrañaría que fuera la primera carta que su familia recibe de ella.

Claudia
Vivía con ellos. Pero cuando se está enamorada, se escribe. Yo escribía cartas de amor a tu padre. Él me respondía con cartas plegadas. Plegadas en forma de corazón. Se abrían por dos solapas y dentro, un poema. ¿Te las he mostrado alguna vez?

Aldo
Sí.

Claudia
Sólo tres meses. No podré. La concentración. Ningún error. Los últimos pliegues del libro son tan… Extenuantes. No puedo trabajar con tan poco tiempo. Necesito como mínimo un mes por libro. Tienen que quedar perfectos.

Aldo
Si no es perfecto, no es mi libro. ¿Seguimos?

Claudia
Aldo.

Aldo
No insistas. Pierdes el tiempo quejándote inútilmente. Tema zanjado.
Sin saludo. Ni "Hermana" ni "Sara" ni "Sandra". Escribe.
"Me he ido con Teo a la capital (punto y aparte) hasta ahora no os he dicho nada porque lo hemos decidido de repente (punto) dejo esta vida provinciana para vivir con mi amor (punto) o al menos intentarlo (punto) espero que los Wind encuentren esta nota pronto y te la entreguen (coma) todo ha sido muy precipitado (coma) no quiero que te preocupes por mí (punto y aparte)".

Claudia
Tal vez debería ir dirigida a toda su familia. O a su madre. No sabemos con cuál de ellos mantenía mejor relación. Hablaba mucho de su hermana pero...

Aldo
Dejémosla tal cual, así nos aseguramos la tirada: entrego la carta a su hermana y de paso le ofrezco el trabajo. Economía de tiempo. Proseguimos.

Claudia
¿Después redactamos otra carta para su novio?

Aldo
¿Para contarle que se ha fugado con otro? ¿Crees que Dalia sería tan cruel?

Claudia
Sí.

Aldo
No.
"(Punto y aparte) veía a Teo en secreto porque no me decidía a contarle a".
¿Cómo se llamaba su novio? El oficial.

Claudia
Bobby.

Aldo
Bobby. Es verdad. Qué horror.
"No me decidía a contarle a Bobby que he dejado de amarle (punto) (abre exclamación) el hijo que espero no es suyo (¡cierra exclamación!)".

Claudia
¡No!

Aldo
"¡Espero trillizos!".

Claudia
¡Aldo!

Aldo
Claro que no. Bromeaba.
"He dejado de amarle (punto) Bobby es demasiado buen chaval (punto)".

Claudia
"Chabal", con be.

Aldo
¿Qué dices?

Claudia
Dalia comete unas faltas de ortografía horrorosas. Mira esta lista: dos kilos de "zanaorias". Sin hache.

Aldo
¿Y aquí abajo? “Un manojo de cevoyas”.

Claudia
¡Quita! Continúa, qué ganas de tirar estas listas.

Aldo
“Les he comentado a los Wind que podría interesarte mi puesto (coma) piénsatelo (coma) sabes que son un poco raros pero buena gente y pagan bien”.

Claudia
¿”Raros”?

Aldo
Para dar credibilidad a la carta.

Claudia
¿No se te ocurre otra manera de describirnos?

Aldo
Raros. Dalia nos dijo una vez que éramos raros.

Claudia
Busca otra palabra, por favor.

Aldo
Raros. Estrambóticos. Peculiares. Particulares. Pon “particulares”.

Claudia
Particulares.

Aldo
“Pero buena gente y pagan bien (punto) te llamaré cuando estemos instalados (punto) me gustaría que un día de estos vinieras a visitarnos (punto) sabéis que os quiero aunque no os lo demuestre tanto como debiera (punto) pídele perdón a Bobby (coma) no me atrevo a decírselo (punto) sé que no lo entenderá y que sufrirá mucho pero soy joven y tengo toda la vida por delante (punto y aparte) que todo os vaya muy bien (punto) yo estoy muy contenta (punto y aparte) pienso en vosotros”.

Claudia
Me gusta.

Aldo
Firmas como ella.

Claudia
Espera, a ver si encuentro alguna firma suya entre tanto garabato. Aquí, un resguardo de compra con tarjeta.

Firmada.

Aldo
“Posdata (dos puntos) Teo me quiere mucho (punto) en cuanto consiga un móvil nuevo os llamo (punto) el que tenía se me escacharró hace dos días (punto y final)”.

5

Donde Claudia formula su deseo.

Claudia, Aldo.

Claudia
Fíjate, no te muevas. Tal como estamos. Acurrucados. ¿Lo ves?

Aldo
¿El qué?

Claudia
Tenemos cuatro piernas. No distingo las tuyas de las mías. Una, dos, tres, y la cuarta. Cuatro piernas.
Perdóname.

Aldo
¿Por qué?

Claudia
Me he equivocado. En el pliegue treinta y ocho.

Aldo
¿Lo has podido corregir?

Claudia
Sí. Pero tienes que conseguir más papel. Por si acaso.

Aldo
No puedes equivocarte. Te veo muy nerviosa.

Claudia
Sí. Me tiemblan las manos al marcar. No puedo trabajar con prisas.

Aldo
Relájate.

Claudia
No sé relajarme.

Aldo
¿A cuento de qué tanta negatividad?

Claudia
¿Crees que somos raros?

Aldo
No, no somos raros. Nos ven raros. Nos ven a través de su prisma, un prisma con mucha suciedad. Es su manera sutil de decir que les gustaría llevar nuestras vidas pero que no se atreven.

Claudia
¿Por qué no se atreven?

Aldo
No preguntes estupideces.

Claudia
Me gustaría comprender su manera de pensar.

Aldo
Ellos ni lo intentan, con la nuestra.
Quedé con Sandra, que no Sara. Viven en un cuchitril. Bloque de pisos de color indefinido; comedor oscuro; poca ventilación; tres pinturas horribles de fruta, de fruta sin brillo, bien quieta, de esa fruta tan quieta y tan muerta que resulta ideal para ser pintada, ni se mueve ni se escapa; mesa redonda de conglomerado; hule grasiento bajo un tapete de ganchillo amarillento; muchas sillas, demasiadas, por todos lados, entorpecen más que prestar servicio. Y sus padres. Al principio, no me creían. Pero la carta les convenció. La letra. Reconocieron la letra de Dalia. Sandra se mostró más preocupada por cómo lo encajaría Bobby que no por que su hermana se haya largado. A Sandra no le interesa el trabajo, pero a una amiga suya sí. La ha llamado para preguntarle y me la ha pasado. He hablado con ella, mientras hablábamos se ha puesto muy nerviosa, le he dicho que nos urgía, ha aceptado. Dora. Se llama Dora. Le he dejado a Sandra las llaves de la casa y una hoja con instrucciones para Dora, la hoja donde explico donde encontrar cada cosa, sabes cuál es. Así no te molestará cuando empiece mañana. Empieza mañana. Le he pedido que se presente a primera hora. Yo tengo otra reunión con los marchantes, no estaré en casa. Para ultimar detalles. Mañana por la tarde parten hacia oriente.
¿Qué te pasa? ¿Qué piensas?

Claudia
Esta noche he conseguido dormir un poco, pero me he despertado sobresaltada. He soñado. Contigo. He soñado que…

Aldo
¿Qué?

Claudia
Que me tocaba. He soñado que me tocaba soñando contigo.

Aldo
¿Y?

Claudia
Me he despertado y... Me he masturbado.

Aldo
¿Y? Yo siempre me masturbo pensando en ti.

Claudia
Quiero formular mi deseo.

Claudia abre un silencio, un largo silencio que Aldo, con cautela, interpreta, comprende y llena con el lenguaje de la piel.
Las manos de él se deslizan por el cuerpo de ella. Como un músico experto, toca su sexo. Un nuevo silencio se añade al anterior. El silencio de los cuerpos acallados por la entrega.
La ductilidad de los cuerpos cómplices.
El restallido resplandeciente del sudor.
Se aglomeran los silencios, unos sobre otros, interrumpidos de vez en cuando por algún quejido de ella, él no sabe si de placer o de dolor. Y el espacio, mudo, preñado de la necesidad de gritar, se estremece, tiembla, desaparece y los cuerpos que contiene se recogen hacia parajes ocultos para mirar de frente, directamente, durante décimas de segundo, a la vida, que ciega. Y son escupidos de vuelta a la realidad, que está dejando de vibrar. Y los silencios se tornan calma.
Él se separa de ella y cruza la habitación. Ella le pregunta con un gesto dónde vas. Él pone un disco, prende un cigarrillo y regresa su lado. Hombre y mujer hablan. Y hablan. Y siguen hablando.
La intimidad, ese preciado arrebato lento fuera del tiempo.

6

Donde Claudia no resiste la tentación y roba.
Se advierte sobre la puerta blanca.

Claudia permanece inmóvil, a oscuras. En una mano sostiene un cigarrillo encendido que se consume.
Transcurren los minutos.
Se escucha el runrún amortiguado de una motocicleta que se aproxima. El vehículo aparca en el patio de la casa. Suena el timbre de la entrada. Claudia no se mueve. Vuelven a llamar. Y una tercera vez. Ruido de llaves y una puerta que se abre. Es Dora.

Dora
¿Hola?

Se enciende una lámpara en algún punto de la casa. La luz baña los pies de Claudia.

Dora
¿Hay alguien?

Los pies se retiran de la luz.

Dora
"En la despensa..." ¿Y dónde está la despensa? "La despensa está en la cocina". Este hombre piensa en todo. ¿Y dónde está la cocina?

Dora tantea la pared en busca del interruptor de la luz. La estancia se ilumina. No hay nadie. Cruza la habitación. En una mano lleva una nota y las llaves. En la otra, un bolso.

Dora
Esto no tiene pinta de cocina.

Deja el bolso y las llaves.
Observa la habitación. Se dirige hacia la puerta del fondo, tan blanca que parece brillar con luz propia. Está cerrada. Se dispone a coger las llaves cuando descubre otra salida, pequeña y deslustrada, que conducirá con mayor probabilidad a la cocina. Dora desaparece por esta salida.

Dora
La cocina. Y, aquí, la despensa. Muy bien. ¿Y por dónde empiezo?

En el cenicero, las últimas volutas de un cigarrillo mal apagado se retuercen en el aire.

* * *

Dora
"Salón. Dinteles de las puertas. Estanterías. No olvidar las patas de mesa y sillas."

Dora enciende su reproductor de música, se coloca los auriculares y empieza a limpiar. Limpia, canta y baila. No conoce la letra de la canción y se la inventa sobre la marcha, emitiendo sonidos desarticulados. Es decir, Dora garlupea la canción.
Entra Claudia sin que Dora se percate. Examina fascinada a la muchacha y, con sigilo, se dirige hacia las llaves y lo coge.
Dora se da la vuelta y grita al ver a la mujer.

Dora
¡Qué susto!
Claudia
¿Has entrado con estas llaves?

Dora
Sí.

Claudia
¿De dónde las has sacado?

Dora
Sandra. Sandra me las pasó.

Claudia
¿Quién es Sandra?

Dora
Soy la chica que sustituye a Dalia. Sandra es la hermana de Dalia.

Claudia
¿Qué miras?

Dora aparta la mirada. Por el escote abierto de la bata de Claudia, asoma un pecho.

Dora
Las llaves. Las llaves. Sandra me las pasó anoche. Hablé por teléfono con…

Claudia
¿Tú vas a encargarte de la limpieza de la casa?

Dora
Sí. Y de todo lo demás. Me llamo Dora.

Claudia
¿La motocicleta de ahí fuera es tuya?

Dora
Sí.

Claudia
Apárcala en otro sitio. No me gusta verla desde mi ventana. ¿A qué hora has llegado?

Dora
Hace un rato.

Claudia
No escuches música. Quítate eso.

Dora guarda el reproductor de música en el bolso.

Claudia
¿Has traído el periódico?

Dora
No.

Claudia
¿No? Tienes que traer el periódico.

Dora
No lo sabía. La nota no dice nada de periódicos.

Claudia
¿El casco del recibidor también es tuyo?

Dora
Sí.

Claudia
Sé un poco más ordenada.

Dora
Perdón.

Claudia
En la cocina hay un armario vacío, a la derecha de la encimera. Puedes dejar allí tus cosas, de momento, más tarde te mostraré tu cuarto.

Dora va a buscar el casco.

Rápidamente, Claudia se arroja sobre el bolso de Dora y lo revuelve. Saca un teléfono móvil, lo mira con detenimiento, durante unos segundos lo sopesa en la mano y vuelve a dejarlo en el bolso. Encuentra el reproductor de música y lo guarda en el bolsillo de su bata.
Dora regresa con el casco. Coge el bolso y se va a la cocina.

Claudia
No olvides las llaves.

Dora retrocede y coge las llaves que le tiende Claudia.

Claudia
La lista de la compra está colgada en la puerta de la nevera. Acuérdate. Dalia bajaba al mercado a primera hora.

Dora
No lo sabía. En la nota no lo pone. Tampoco.

Claudia
¿Pone algo en esa nota?

Dora
Tenga. No pone…

Claudia
De acuerdo, no pasa nada. Nos apañaremos con lo que hay. Por hoy. Creo. Digamos que nos espera un día excepcional. Sabrás cocinar, espero.

Dora
Sí.

Claudia
Voy a dar un vistazo, a ver qué puedes preparar. Si no, tendrás que bajar al mercado, aunque a estas horas ya no se encuentra nada.

Dora
Si aún es temprano.

Claudia
Antes lo era más. ¿Tienes un cigarrillo?

Dora
No.
Claudia
Trae mañana, cuando bajes al mercado. La comida se sirve a la una. La cena, a las siete. Si necesitas algo, estaré arriba, en la buhardilla. Al final de la escalera.

Dora
¿Claudia, no? ¿Usted es Claudia

Claudia
Sí. No me trates de usted.

Dora
¿Qué marca…? ¿Qué marca fumas?

Claudia
Cualquiera.

Dora
Mañana traeré el tabaco.

Claudia
Gracias. Y tranquila. Es tu primer día. ¿Me has dicho tu nombre?

Dora
Dora.

Claudia
¡Ah, Dora!

Claudia señala la puerta blanca.

Claudia
En esa habitación no puedes entrar.

Y se va a la cocina.
Y al instante regresa.

Claudia
Dora.

Dora
Qué.

Claudia
No queda nada de verdura. Baja al mercado ahora. Toma la lista. Compra sólo la verdura, no quiero que te entretengas. Sólo la verdura, ¿comprendes? Y no te olvides de pedir las cuentas. Creo que con esto tendrás bastante. Aprovecha para comprar tabaco. Y el periódico. También cualquier periódico.

Dora coge la lista, coge el casco y el bolso de la cocina y se va a comprar.
Claudia permanece inmóvil hasta que escucha el motor de la motocicleta. Saca el reproductor de música del bolsillo. Se coloca un auricular en la oreja. Luego el otro. Duda con los botones del aparato, no sabe cuál pulsar. Le tiemblan os dedos. Está muy nerviosa. Extrañamente nerviosa. Y se desespera. Hasta el llanto.

Entonces, escucha el motor de un coche. Aldo llega a la casa. Esconde el reproductor en la bata. Se acuerda de la colilla que apagó en el cenicero, el cenicero no está, ¿dónde está? Al limpiar, Dora lo ha movido de sitio, ¿lo habrá vaciado? Confía en que sí.
Entra Aldo.

Aldo
Buenos días. ¿Hace mucho que te has levantado?

Claudia
Buenos días. Sí.

Aldo
¿Has podido descansar?

Claudia
Ha llegado la chica nueva. La he enviado al mercado, no queda ni para una ensalada.

Aldo
Anoche vacíe la nevera. Tenía mucha hambre.

Aldo descubre el cenicero. Con la colilla.

Aldo
¿Has fumado?

Claudia
¡La chica!

Aldo
No mientas. No sabes mentir.
No me gusta que fumes.

Claudia
Lo siento.

Aldo
Más lo siento yo.

Claudia
Lo sé.

Aldo
Dame un cigarrillo.

Claudia
Sí.

Instintivamente, Claudia se lleva la mano al bolsillo.

"¡Aldo descubrirá el reproductor!", piensa de repente.

Claudia
No tengo más. Era el último.

Aldo
Te creo.

Claudia
Es verdad.

Aldo
Sí. Te he dicho que no sabes mentir. Tengo una cajetilla en el maletín.

Aldo sale.
Claudia corre a ocultar el reproductor en algún escondrijo de la habitación.

Claudia
¿Cómo ha ido la reunión?

Aldo
Ahora te cuento.

Aldo entra con una cajetilla de tabaco y la pitillera. Llena la pitillera y se lleva un cigarrillo a los labios.

Aldo
Fuego sí tendrás, ¿o también se te ha acabado?

Claudia saca su encendedor de la bata y le enciende el cigarrillo.

Aldo
¿Por qué llevas un mechero?

Claudia contiene un sollozo.

7

Donde Claudia y Dora intercambian confidencias
y donde se pronuncia el nombre de Aldo de modo extraño.
Donde se proporcionan muchas pistas de lo que sucederá.

Dora, Claudia.

Dora
He acabado aquí. ¿Paso a la siguiente habitación o me pongo a cocinar?

Claudia
Bailas muy bien.

Dora
¿Qué?

Claudia
Que bailas muy bien.

Dora
¿Cuándo me has visto bailar?

Claudia
Ahora mismo. Estabas bailando. Y tarareabas algo. ¿Has comprado tabaco?

Dora
Sí. Y el periódico. En las bolsas.

Claudia
¿Las que has dejado de cualquier manera en la cocina?

Dora
No he podido guardar los congelados. El congelador está lleno de bolsas. He tenido que dejar comida sobre el mármol y...

Claudia
¿No has visto la cámara frigorífica?

Dora
Sí, también está llena. Hasta los topes.

Claudia
Haré un poco de espacio.

Dora
¿Traigo el tabaco y…? No te los he dado antes.

Claudia
No te preocupes. Después me los das. Me gustaría pedirte un favor.

Dora
¿Un favor?

Claudia
Sí.

Dora
Si puedo.

Claudia
Una confidencia. Entre tú y yo. No fumo. ¿Entiendes?

Dora
Comprendo. Arriba no deben enterarse, ¿es eso?

Claudia
¿Cómo sabes que está arriba?

Dora
El suelo de esta casa es muy escandaloso. No puedes dar dos pasos seguidos sin que cruja. Y su coche. Fuera.

Claudia
Qué idiota soy. Está echado. Siempre se echa antes de la hora de comer. Dice que le ayuda a pensar.

Dora
Antes me has dado un susto de muerte.

Claudia
Camino sin hacer ruido. Cogí esa costumbre. Mi marido tenía el sueño muy ligero.

Dora
Mis padres tampoco me dejan fumar en casa.

Claudia
¿Fumas? ¿No me dijiste que no?

Dora
Sólo por las noches. Un cigarrillo antes de dormir.

Claudia
A mí el tabaco me desvela. ¿Y qué más sabes hacer?

Dora
No te entiendo.

Claudia
Bailas muy bien. Y sabes cantar. Y conduces.

Dora
¿No sabes conducir?

Claudia
¿Debería?

Dora
Podrías salir.

Claudia
¿Por qué tendría que salir?

Dora
No sé, ¿para viajar?

Claudia
Viajé todo lo que tenía que viajar de joven. Ahora tengo que cuidar de Aldo.

Dora
¿Cuántos años tiene?

Claudia
¿Aldo?

Suena el teléfono.
Claudia no se inmuta.

Dora
¿Lo cojo yo?

Claudia
No. No es para mí. Llamadas de negocios.

El teléfono deja de sonar.

Claudia
Ya lo ha cogido.

Dora
No encuentro mi música.

Claudia
¿Cómo?

Dora
Mi reproductor de música. El que escuchaba esta mañana. Mientras limpiaba.
Claudia
¿El que guardaste en el bolso?

Dora
Sí. ¿No lo habrás visto por casualidad?

Claudia
Lo habrás perdido en el mercado.

Dora
No creo.

Claudia
Quizás te lo han robado y ni te has enterado. Hay mucho ladrón merodeando por el mercado. A mí nunca me ha gustado ir. Antes iba a menudo, pero un día me dieron un tirón. Acabé por el suelo. Me partí un tobillo.

Dora
¿Fuiste sola?

Claudia
Sí.

Dora
Vaya.

Claudia
En bicicleta.

Dora
Ah.

Claudia
Pero ya no tengo edad. Desde hace dos años que ando doblada de dolor. Por la espalda. Retiré la bicicleta. No tengo edad para otro tirón ni ganas de que me asusten. El mercado

está lleno de desaprensivos. No te encantes. Te ayudaré a preparar la comida. No sabes dónde está nada.

Aldo entra.

Aldo
Tú eres Dora, ¿verdad?
Soy Aldo. ¿Qué tal el primer día?
¿Eres muda?
Ayer hablé contigo por teléfono.
Creo que fue contigo.
¿Te ha comido la lengua el gato?
O ha sido Claudia que te la ha cortado. Claudia, ¿tan pronto se la has cortado?
Es broma.

Claudia
¿Dora?
Aldo
Dora, ¿no puedes hablar?

Dora
Aldo.

8

Donde Dora habla con su madre y revela información que no era ningún secreto.
Y donde la ladrona es atrapada in fraganti.

Dora.

Dora
Hola, mamá, ¿qué tal?
Sí, en la casa, dónde quieres que esté.
Sudando a mares, no he parado, me han hecho bajar al mercado, quería pasar un momento por casa pero al final he pensado que mejor que no, no quería entretenerme demasiado.
Sí, ella, me lo ha dicho ella, que bajara.
Pues a comprar comida, mamá.
Porque no, porque es el primer día y vete a saber, hay mucho trabajo, no me extraña que Sandra no quisiera el trabajo, su hermana debía acabar rendida.
Sí, lo sé, tú lo supiste la primera, sí, pero te equivocaste en un detalle, no se fue con él. Reconócelo.
No, seguro, no seas pesada, él está aquí.
Pues con Teo, mamá.
¡Y yo qué sé! Un tal Teo.
Mamá.
Sí, Teo. No, he dicho Teo. Sí, Teo. Te, e, o.
No lo sé, sé lo mismo que tú, si estabas delante cuando Sandra nos contó toda la historia.
A mí tampoco me sorprende.
Claro que volverá, a Dalia le encantan este tipo de aventuras, recuerda la otra vez, con aquel extranjero, el pelirrojo aquel tan feo, que se la llevó no sé adónde, a su país, supongo, pues más lo mismo, cuando se canse, volverá y aquí no ha pasado nada.
Necesita aire, mamá, espacio, este lugar se nos queda pequeño.
Tengo mucho que hacer. ¿Me dejas hablar? No quiero que me pillen hablando por el móvil. No encuentro mi música, mi reproductor de música, y sospecho que ha sido ella.
Que me lo ha cogido ella, mamá.
Tiene toda la pinta de haber sido ella.
No, el móvil no lo ha visto, no sabe que tengo uno, si no da por hecho que también me vuela. Claro que un móvil no lo quiere para nada, teniendo teléfono en la casa. Pero también tienen tocadiscos, qué extraño.
No, rara no es. Si la pobre no sale de casa y nunca ha visto una radio en su vida, por no hablar de un televisor.
He dicho tocadiscos, mamá, no radio.

Es él, sin duda, la tiene aquí encerrada, debe sentirse muy sola, sin visitas ni nada, suena el teléfono y sabe que no es para ella, que es para él, lo que nos contaba Dalia, que no venía nadie a verla, con decirte que me la he encontrado con un pecho afuera. Llevaba la bata mal abrochada y ni se ha dado cuenta, iba con un pecho afuera.
Sí, de verdad.
Está en la luna, sí.
Bueno, el periódico sí lo lee. ¡O al menos lo intenta! ¡No te lo pierdas! Me hace ir a comprar tabaco y el periódico, no ponía nada en la lista de tareas, la de Aldo, sí, la de la letra bonita, la que leímos juntas anoche, ¡mamá, a veces te olvidas de todo, pareces tonta!
La lista, sí, él ha sido bastante minucioso, todo muy bien detallado, y eso, que ella me hace ir a por tabaco y a por el periódico y cuando llega él me pregunta cómo ha ido el primer día y me advierte que nada de comprar tabaco ni periódicos, que en esta casa no entra ningún periódico y fumar sólo fuma él y la marca que fuma no se consigue por aquí. Me lo he mirado de una manera...
Lo sé, mamá, pero no puedo evitarlo, me ha parecido un comentario tan machista. Lo peor es que se ha dado cuenta de la cara que he puesto y va y me dice que ella no puede fumar, que no le sienta bien y que siempre intenta que le compren tabaco. A ver si pican. ¡Y yo se lo he comprado!
¿Ella? ¡Ella, callada como un muerto y yo disimulando! Creo que se hace la dura conmigo, tiene que hacer de jefa pero se le nota a la legua que no le va ese papel, su hijo la lleva así, le hace hacer lo que venga en gana, no hay más que verles. Como descubra que ha sido ella quien me ha cogido la música…
Sí, ella, él no sé dónde estaba cuando he llegado, seguro que ha sido ella y voy a atraparla y si puedo in fraganti.
Claro que estoy bien, se puede razonar con ellos, pero yo de tonta no tengo un pelo, ¡tú tampoco, mamá!, y él se hace el simpático pero se nota que en el fondo es un insolente, ella me cae mejor.
Sí, es muy atractivo.
¿Mala yo?, no, no soy mala. ¿Por qué?
¿Irme con quién?
¡Mamá, basta! Dalia tuvo un arranque de los suyos pero yo no soy como ella.
Pues sus motivos tendrá, mamá, hoy en día la vida se vive de otra forma, no quiero convencerte de que Dalia haya actuado bien, aunque conociéndola, no vale la pena ni intentarlo. No la justifico. Es así y punto. ¿Te he criticado alguna vez que te casaras tan joven y con el calzonazos que tengo como padre?
Sí, cientos de veces, vale, pero a lo que iba...
Vale, vale, pero, ¿me haces caso tú a mí?
¡Claro que sé que no puedes cambiarlo!, mamá, nos vamos por las ramas.
¡Ah, sí!, "la misteriosa habitación", la tengo aquí detrás, sí, me lo ha dicho, que ni mirarla, faltaba la música de suspense de fondo, como en las películas de miedo, sí, y pensar que no he entrado por los pelos, si ella llega a aparecer un poco más tarde, me encuentran dentro.
¿Despedirme?, no se atreverán, ¿por entrar en una habitación vacía?, como no me lleve las paredes.
No, nada de nada. Completamente vacía. Dalia nos lo contó, que entró un día. Se le saltaban las lágrimas de la risa. ¡Pues claro que le habían dicho que no entrara, si no hay nada que hacer ahí! Tienen que dárselas de mandamases, eso es todo.

Sí, más o menos como en mi habitación, mamá, no tienes opción, no pintas nada ahí dentro.
Una cosa es el trabajo y otra mi vida, y aquí me pagan por ser limpia y ordenada. Si quieres pagarme para que recoja mi habitación.
¡No me hagas reír!, claro que te haría descuento por ser madre mía, pero no más del diez por ciento, no te dispares, que tengo mis gastos.
¿Cuáles? ¡Ahora tengo otra habitación! ¡Aquí!
Sí, en la misma casa, en la planta baja, pero con unas vistas preciosas. Un bosquecito de abetos.
No.
Mamá.
No.
No me ha reconocido...
Sí se lo diré…
Sí.
No. No estoy loca.
Se lo… Diré. No cuesta tanto… Decir… Te quiero.
Mamá. Tengo que... Hacerlo.
¡Mamá, viene alguien, te cuelgo!

Dora corre hacia el bolso.

Dora
¡Mamá, calla, por favor!, ¡que te cuelgo!, ¡adiós!

Dora guarda apresuradamente el teléfono en el bolso. La cremallera no cierra. Escucha. Sí, alguien se acerca. Sigilosamente. Pero Dora ya ha aprendido a detectar a Claudia. Se dispone a salir corriendo de la habitación pero el bolso se abre y su contenido se esparce por el suelo. Lo recoge como puede y Claudia entra. Dora se esconde, teme que su agitada respiración le delate.

Claudia
¿Dora?

No obtiene respuesta.

Claudia
¿Dora?

Dora permanece oculta.
"Ahora sí que me despiden" piensa.
Claudia saca el reproductor de música de su escondrijo y lo conecta. Se coloca los auriculares. Escucha atentamente. Intenta tararear la canción, sin éxito. Calla con gesto de disgusto. Pretende bailar como Dora, pero es incapaz de imitar sus pasos. Desiste. Espera unos pocos compases y vuelve a garlupear. Enseguida pierde la letra.
Dora lo ha visto todo. Atrapará a Claudia in fraganti antes de lo esperado. Dispuesta a enfrentarse con la mujer, Dora se planta frente a Claudia, pero cuando descubre la expresión de su rostro, se desarma.
Dora descubre, en el rostro de Claudia, la expresión de una niña alucinada.

9

Donde Dora indaga en su propio pasado,
donde Claudia parece más permisiva con Dora
y donde Aldo habla de las estrategias infalibles.

Aldo, Dora.

Aldo
¿Qué haces?

Dora
Un frutero. Claudia me ha dicho que podía cogerlo de este armario.

Aldo
Buena señal.

Dora
¿Buena señal?

Aldo
Le has caído bien a Claudia. ¿Por qué pones esa cara? Eres transparente.

Dora
Me sorprende. Que la llames por su nombre.

Aldo
Se llama Claudia.

Dora
No es muy común. Entre madre e hijo.

Aldo
Lo sé. No esperaba que lo comprendieras.

Dora
No me trates como a una cría. Se me pueden contar las cosas. Tenemos la misma edad.

Aldo
¿Sí?

Entra Claudia.

Dora
La misma. Fuimos juntos a la escuela.

Claudia
¿Has encontrado el frutero?

Dora
Sí.

Aldo
Yo nunca fui a la escuela.

Dora
Éramos muy pequeños.

Aldo
No recuerdo a ninguna Dora.

Claudia
¿Ibais a la misma clase?

Dora
¿Y a alguna Dorita? Una niña siempre aferrada a su pañuelo blanco. Un pañuelo blanco. De hilo.

Aldo
¿Dorita?

Dora
Si perdía el pañuelo, lloraba. O si me lo quitaban. Todos disfrutaban quitándomelo. Tú te peleabas con ellos. Me lo devolvías.

Aldo
Eres Dorita.

Dora
Sí.

Claudia
Nunca me hablaste de ella.

Aldo
Éramos muy, muy pequeños. A esa edad los niños no se enteran de nada. Entrañas cargadas de inconsciencia en estado puro.

Claudia
¿Mi marido te dio clase?

Dora
Sí. El señor Wind. Aún guardo algunas de sus figuritas de papel. Nos enseñaba a hacerlas los días que llovía y no podíamos salir al patio a jugar. En la hora del recreo.

Claudia
Yo asistí a las clases alguna vez. No me acuerdo de ti. Me gustaban sus clases. Me embelesaba su voz. Le quería mucho.

Dora
No te rías, Claudia, pero mi primer beso fue con Aldo.

Aldo
No lo acuerdo.

Claudia
No he reído.
¿Tomamos un té? Me gusta hablar de mi marido.

Dora
Ahora lo preparo.

Claudia
Deja, lo hago yo.

Claudia sale.

Aldo
¿De qué edad estamos hablando?

Dora
Cinco años. Quizás seis. Luego te fuiste. Os echamos de menos. A ti y a tu padre.

Aldo
¿Conservas el pañuelo?

Dora
No.

Aldo
Qué rotunda.

Dora
Lo quemé.

Aldo
¿Por?

Dora
Ese gesto que acabas de hacer, sí, ese, es muy tuyo. Lo hacías de niño.

Aldo
¿Por qué lo quemaste?

Dora
¿Tanto te interesa?

Aldo
Sí.

Dora
La respuesta no te gustará.

Aldo
Una buena noticia.

Dora
Te encanta provocar.

Aldo
¿A quién no? Prueba.

Dora
Me violaron.

Aldo
¿Y?

Dora
Imperturbable.
Difícil de sorprender.

Aldo
¿Pretendías sorprenderme?
Dora
No. No me gusta andar con rodeos. Prefiero hablar alto. Y claro. En su momento me ayudó… Para ahuyentar los fantasmas. Lo superé diciéndolo… Contándolo. Lo superé. La verdad es que tampoco fue espantosamente trágico. Estaba demasiado… Borracha… Como para que se me cayera el mundo encima. Demasiado borracha como para no consentir. Un hijo de puta.

Aldo
¿Aprendiste algo?

Dora
¿Cómo?

Aldo
De la experiencia.
De la violación.
Nunca me han violado. Me gustaría saber qué se aprende.

Dora
Nada.

Aldo
Piénsalo. Con calma. ¿Aprendiste algo?

Dora
Que el dolor…
Que duele de verdad…
No es el dolor físico.
Que una bala no duele por la herida que abre, sino porque alguien ha sido capaz de dispararte.
Que se puede llorar por un pellejo de piel.
Que por culpa de los miedos y los tabúes apreciaba algo que en el momento de su pérdida…
Descubrí que no poseía ningún valor.
Que en realidad nada importa.
Que la infancia es una pérdida de tiempo.
Que lloré porque se rompieron mis sueños.
Hechos añicos.
Que mi cabeza se giró contra la realidad.
Que era distinta de los demás.
Que mi pañuelo cayó al suelo y no pude apartar la mirada de él.
Del pañuelo.
Durante todo el rato que duró.
Él encima.
Mucho tiempo.
Qué curioso.

–La cabeza.

Eso me lo dijo él.

–No gires la cabeza –me decía–, mírame.

Yo no quería. Estaba muy a gusto. Mirándome a mí misma. Me insultó.

–Puta. Eres mi putita.

Me dijo que en mis ojos veía…

Lo putita que era. Yo sólo veía el pañuelo…
Arder en sangre.
Me había partido el labio.

Aldo
¿Tenías ojos de avispa?

Dora
¿Ojos de qué?

Aldo
¿Qué más?

Dora
Eres escritor. Escribirás todo esto. Lo sé. Sé que escribes. En parte, por eso me resulta fácil contártelo. Sé que no te lo quedarás para ti, que irá a parar algún sitio que no eres tú. Que lo soltarás.

Aldo
No escribo sobre las personas. No es mi tema. ¿Adónde te has ido antes?

Dora
Allí.

Aldo
Sigue allí.

Dora
No es agradable.

Aldo
Por favor.

Dora
La putita le sonrió.
Estaba borracha.
Disculpa el tono, lo he contado tantas veces, y sigue hiriendo. ¿Quieres saber quién era?

Aldo
No.

Dora
Iba con nosotros a clase. Alguna vez te habías peleado con él. Por mi pañuelo. Tendrías que haberle matado. Antes de que creciera. Antes de que me hiciera crecer. De golpe.

Aldo
Yo te besé. Dices que te besé. ¿Te pedí permiso para besarte?

Dora
No.

Aldo
¿Y no se trata de otro tipo de violación?

Dora
Los niños no violan. Como los animales. No tienen conciencia, lo has dicho antes. Fue Gavin.
Aldo
No le recuerdo.

Dora
Te llamaba el monstruo. Todos te llamábamos el monstruo. Él fue el primero. Por un día que jugábamos en el patio. Él siempre llevaba las rodillas destrozadas de pelearse con los otros niños. Gritabais. Acababas de recuperar mi pañuelo. Y le arrancaste las costras de las rodillas de cuajo. Gavin empezó a gimotear. Le lamiste la sangre que manaba de sus rodillas. Y te llamó monstruo. El monstruo. Se te quedó el mote.

Aldo
Me acuerdo. Quería pegarme. Y yo hice lo primero que se me pasó por la cabeza. Para desorientarle. Una estrategia infalible, me la enseñó mi padre. Piensa más rápido, diferente, y conseguirás detener sus reacciones. Sorpréndeles con lo imprevisible y obtendrás su no-reacción. También podría haber optado por besarle. Como te besé a ti. Tal vez te odiase como los otros niños y tú malinterpretaste mi beso.

Dora
¿Me odiabas?

Aldo
Tal vez jugase contigo.

Dora
¿Por qué me besaste?

Aldo
¿Para no pegarte como los otros niños?

10

Donde se establece cierta complicidad entre Claudia y Dora.
Donde se habla del libro.

Claudia, Dora.

Claudia
¿Te gustan?

Dora
¿Son sábanas?

Claudia
Para tu cuarto. Las que hay están muy viejas. Toma éstas. También te he buscado unas cortinas pero no las encuentro, corrían por algún baúl, no sé en cuál.

Dora
Muchas gracias. Son preciosas.

Claudia
De mi ajuar. Creo que nunca las he usado.

Dora
Se te ve cansada.

Claudia
Es el libro. Agota.

Dora
¿Lo encuadernas tú?

Claudia
Lo escribo yo.

Dora
¿Qué?

Claudia
A mano. Un libro de artista.

Dora
¿Cuántas páginas tiene?

Claudia
Páginas, ninguna. Caras. Tiene caras en vez de páginas. No está encuadernado. Tiene pliegues. Doblo el papel para obtener el libro. Un libro triangular. Un libro con forma de triángulo equilátero. Diez por diez por diez centímetros.

Dora
Parece muy complicado.

Claudia
Más bien laborioso. E ingenioso. Muy ingenioso.
Dora
¿Y de qué va?

Claudia
Del lector.

Dora
No te entiendo.

Claudia
¿Se ha ido?

Dora
¿Aldo? Hace media hora.

Claudia
¿Tienes el…?

Dora
Claro. Este cedé te gustará más que el de ayer. Después del mercado, he pasado por casa de mis padres.

Dora conecta su reproductor a los altavoces del equipo de música.

Dora
¿Preparada?

Claudia asiente. Dora pulsa un botón. Y suena la música. La música del momento. Y Claudia y Dora bailan. Desenfrenadas. Bailan y cantan y ríen y se abrazan.
Dora se detiene en seco.
Abre la bata de Claudia.
Y la mira a los ojos.

Dora
¿Qué es esto?

Claudia
Quemaduras de cigarrillo.

11

Donde Dora recurre a todo lo que sabe para someter a Claudia.
Donde aparecen rodillas heridas, gatos de mentira e, incluso, un médico.

Lenzo, Claudia, Dora.

Lenzo
¿Tienes fiebre?

Claudia
¡Suéltame!

Lenzo
De acuerdo, de acuerdo.
Claudia, hazme caso, tienes que salir de esta casa.

Claudia
No.

Dora
Claudia.

Claudia
Todo lo que hago, lo hago por mi hijo. Su vida es mi vida. Me la entregó al morir su padre. La tuve entre mis brazos. Su vida. ¿Alguna vez has sentido una vida aquí, en el regazo, contra el pecho? Es una sensación muy... Particular. Te percatas de la fragilidad. En toda su dimensión. Sentí su vida. Tuve su vida. Ahora yo debo entregarle la mía.

Dora
Por favor, Claudia.

Lenzo
Está muy claro, es un síndrome de Estocolmo.

Claudia
¡No digas barbaridades! ¡No es ningún síndrome de nada! ¡Es mi hijo!

Lenzo
Tu hijo deja de ser tu hijo cuando no te respeta como persona.

Dora
Tu hijo es un monstruo.

Claudia
¡No he dicho que sea él quien me quema!

Dora
¡Es un monstruo!

Lenzo
Si lo prefieres, cursaremos una denuncia contra él.

Claudia
No lo entendéis. Os he dicho que tuve su vida. Y decidí. Y he decidido todo lo que me sucede. Soy un ser humano. Soy libre para escoger. Soy consecuente con lo que me sucede.

Lenzo
Nadie en su sano juicio se deja quemar con cigarrillos.

Claudia
¿En su sano juicio? ¿Quién dictamina el sano juicio? ¿Vosotros? ¿Los de fuera? Hace años que no me asomo afuera, creo que si saliera cogería tantos males que moriría antes de poder tomar aire para gritar. ¿Alguna vez os habéis permitido observar lo que os rodea?

Dora
¡Querías que te trajera música de fuera!

Claudia
¿Y sólo os rodea música? Ojalá sólo fuera música.

Dora
Hablas como tu hijo.

Claudia
No, mi hijo lo diría mucho mejor que yo. Además, él no me quema.

Lenzo
¿Quién, entonces?

Claudia
No puedo decírtelo.

Lenzo
Te ha lavado el cerebro. No te encuentras en condiciones de…

Claudia
Se nota que eres médico. Aunque pareces muy joven para ejercer de médico.

Lenzo
Soy joven pero con experiencia. Experiencia en casos como el tuyo. Y tu reacción es de lo más normal. Sólo puedo pedirte que comprendas lo que decimos. Que estás equivocada. Que no te mereces ese castigo. Tu hijo abusa de ti.

Claudia
No es un castigo.

Lenzo
¿Qué es, pues?

Claudia
Mi hijo se preocupa por mí. No quiere que fume. Mi marido murió de fumar. Un cáncer. Muy rápido. Se cerró su tiempo.

Lenzo
¿Aldo también fuma?

Dora
Sí.

Claudia
Lo llevamos en la sangre. No podemos remediarlo. Yo intento evitarlo, darle ejemplo. No puedo, es una adicción. Es como la música, sí. El contacto con el mundo exterior. Muy a mi pesar, lo necesito. Y lo sacio escuchando la música que me traes, Dora, y leyendo las etiquetas de las compras del mercado, y escuchando el ruido de los coches que pasan por la carretera, y fumando. Por más que deseemos tenernos sólo el uno al otro, no somos suficientes. Notamos la ausencia de mi marido. Su imagiración que todo lo empapaba.

Lenzo
¿Imagiración?

Claudia
Sí...

Lenzo
Eres muy inteligente. No comprendo cómo puedes permanecer al lado de tu hijo.

Claudia
No me provoques. Nunca me he puesto violenta, no empezaré hoy.

Dora
Aldo debe estar a punto de llegar.

Lenzo
No he podido venir antes.

Dora
Tenemos que llevárnosla.

Claudia
¡No!
Lenzo
Tienes que venir con nosotros.

Claudia
¡Vete! Si Aldo se entera de que ha venido alguien. No sé mentirle.

Lenzo
No podemos dejarte a solas con él.

Dora
Yo la vigilaré.

Lenzo
No estamos jugando a pillar, Dora. No se trata de ningún juego. Hablamos de algo muy serio.

Dora
Si pasa algo, te llamo. Y vienes con la policía.

Claudia
¡No! ¡No lo harás!

Dora
Si te niegas, le contaré a Aldo que me robaste el reproductor de música.

Claudia
¡No se te ocurrirá!

Dora
Se me acaba de ocurrir.
Vete, Lenzo.

Lenzo
No me gusta nada…

Claudia
¡Estaré con ella en todo momento! ¡Que me vigile! ¡Si queréis tenerme controlada, consentiré! ¡Pero debes irte!

Lenzo
Hay que sacarla de aquí, aunque sea a la fuerza.

Dora
Si intenta hacerle daño de nuevo, te llamo.

Lenzo
Me llamas.

Dora
Te llamo.

Claudia
¡No volverá a pasar! ¡Os lo prometo!

El coche de Aldo.

Claudia
¡Vete!

Dora
El coche de Lenzo está en el patio. Hay que pensar.

Claudia
Te has lastimado la rodilla. Has llamado a un médico. Yo no sé nada. Voy a la buhardilla. Tiempo para tranquilizarme. Se enfadará. Te despedirá.

Dora
No se atreverá.

Claudia
Lo hará.

Dora
Veremos.

Claudia
¡Por favor, por favor, por favor! Y que se vaya rápido.

Dora
Sí.

Claudia se va.

Lenzo
¡Dora!

Dora
Abrázame.

Lenzo
Estás temblando.

Dora
Bésame, cariño, bésame antes de que ese monstruo...

Se besan.
Aldo entra en la casa.

Dora
De la impresión, ha sido un buen golpe…
Me caí de la moto, un… Un gato. Un gato o no sé… Se cruzó en la carretera. Cómo he llegado a la casa, ni idea. Claudia me regañará, se ha echado a perder casi toda la compra.

Aldo entra.

Aldo
¿Tenemos visita?

Dora
Me caí y…

Aldo
Espero que no sea grave. Me presento. Soy Aldo.

Lenzo
Lenzo. Un rasguño.

Aldo
¿Médico?

Dora
Sí.

Aldo
Un médico.
¿Se quedará a cenar?

12

Donde Aldo y Lenzo conversan y se verifica la teoría de la causa y el efecto.

Aldo, Lenzo, Dora.

Aldo
Me encanta el reflejo rotuliano. Lo encuentro divertidísimo. Tan ridículo. Tanto como los médicos.

Lenzo
¿Alguna mala experiencia con médicos?

Aldo
Veo que trato con una persona calmada. ¿En qué te has especializado?

Lenzo
Me licencié hace poco. Estoy preparando el ingreso en la…

Aldo
¿De qué te gustaría ejercer?

Lenzo
Médico rural. Me permitiría trabajar en la zona. Toda mi familia vive aquí.

Aldo
Dora, ¿me permites explorarte el reflejo rotuliano?

Dora
No sé.

Lenzo
No tendrá reflejo. La musculatura de la pierna está muy contraída.

Efectivamente, la rodilla de Dora no responde al golpe que le propina Aldo con la mano en la rótula. La otra pierna, en cambio, bascula ligeramente al recibir el golpe.

Aldo
Divertidísimo.

Lenzo
No le encuentro la gracia. Y no te veo desternillarte de risa, precisamente.

Aldo
Puedo descoyuntarme por dentro sin perder la compostura por fuera. De hecho, estoy haciéndolo en este preciso momento. Aparentar un poco de cordura extra nunca viene mal, sobre todo ante recién desconocidos. Cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede provocarme la risa. O no. En cualquier caso, yo controlo. Yo elijo. El truco consiste en mantener siempre abierta la puerta que comunica la cordura con la locura. De par en par. Y evitar las corrientes de aire.
A lo que iba. El reflejo rotuliano, los reflejos en general, todos ellos, me resultan muy divertidos. Representan el máximo exponente de la debilidad humana. Te golpean con un martillo en un punto determinado y se activa el reflejo correspondiente. No hay posibilidad de elección.

Lenzo
Los reflejos pueden contenerse, y conseguirlo no tiene nada de extraordinario.
Aldo
Me alegra comprobar que estás escuchando. Me gusta tanto hablar que a veces me olvido que lo hago con alguien.

Aldo coge un objeto cualquiera y lo arroja contra Lenzo, que lo coge al vuelo.

Aldo
Sí, es extraordinario y virtuoso. De pequeño, mi padre me llevó al circo. Dejadme que os lo cuente. Un domingo. No, no he perdido el hilo. Las conversaciones nunca se extravían. Se entretienen, es natural. De todos los números que vimos, sólo me acuerdo de uno, el del hipnotizador, el hipnotizador de gallinas. Llevaba una inmensa caja roja, metálica, con estrellas amarillas pintadas. Dentro, gallinas, asfixiadas. Sacaba a los pobres animales apneicos de la caja, uno tras otro, se los colocaba ante los ojos y, pronunciando unas palabras mágicas, un trabalenguas, los dejaba paralizados sobre una mesa con tapete, una hilera de gallinas congeladas. Qué imagen más absurda. Y yo, entusiasmado como un tonto. Al salir, con mi padre, sentados en la hierba que crecía alrededor de la carpa, en el descampado, recuerdo la hierba acariciando la palma de la mano, mi padre me explicó que determinados animales, entre ellos las gallinas, al apretarles el cuello, se inmovilizan. Causa y efecto, la esencia de la manipulación.
Las personas actuamos como las gallinas, nos presionan aquí y lloramos, nos presionan allá y reímos, reaccionamos de una manera o de otra. Somos volubles hasta el asco. ¡Los reflejos! El reflejo de Balduzzi, el de Barkman, el de Barraquer, los cuatro reflejos de Bekhterev y el de Bekhterev con Mendel y el de Bekhterev con Jacobsohn, el de Bing, el de Brissaud, el de Buzzard –más conocido como reflejo rotuliano–, Cacciapuoti, Chodźko, Erb, Escherich, Galant, Haab, Kisch, Kocher –también muy divertido, este Kocher–, Marie…

Lenzo
Los citas por orden alfabético.

Aldo
Rossolimo, Smirnoff, Sterling, etcétera, etcétera, etcétera… Sí, por orden alfabético. Los aprendí de memoria. Los desaprendí en orden inverso.
Te canso.

Lenzo
En absoluto. Simplemente no comulgo.

Aldo
Lo suponía. ¿Qué opinas del suicidio?

Lenzo
¿Perdón?

Aldo
El suicidio. La autolisis.

Lenzo
Me parece una abominación.

Aldo
Sí, se han dado casos realmente lamentables. Hay mucho incompetente en todos lados. ¿Y de los sueños?

Lenzo
Me he perdido.
Aldo
¿Crees en la interpretación de los sueños?

Lenzo
¿Me equivoco o estás poniéndome a prueba?

Aldo
No te equivocas. Los sueños.

Lenzo
La psicología que se imparte en la carrera se basa en teorías conductistas, principalmente.

Aldo
Por supuesto, y cuando se duerme, poca conducta hay, ¿verdad? A excepción de los sonámbulos. Las únicas personas que han conseguido volar realmente, los sonámbulos. El sonanvolar, un término de cosecha propia, si permites que me cuelgue la medalla. Yo tengo un sueño recurrente, una pesadilla. Más pesadilla antes, las primeras noches, los primeros años, ahora ya me he acostumbrado. Mi padre decía que los sueños son como mudarse de casa por la noche y creer que nunca se ha vivido en ningún otro lugar.

Dora
Es muy bonito.

Aldo
Una gran sensibilidad, mi padre. También tuve que desaprender a ser sensible. Se trataba de la sensibilidad o de mí. Dejé de ser sensible y soterré mis miedos en la escritura. Un plan de fuga infalible.

Lenzo
¿Qué sueñas?

Aldo
Pensé que preguntarías por lo que escribo. ¿Te interesa?

Lenzo
Sí. Lo que sueñas.

Aldo
Llego a casa, a esta casa, y no sé de dónde vengo porque es como si nunca hubiera venido de ningún sitio. Llamo a la puerta. Pregunto si hay alguien. Nadie responde. Nadie responde porque todos están escondidos. Entro en la casa –la puerta está abierta–, y la encuentro vacía, deshabitada, sin muebles. Sólo hoyos en el suelo, hoyos rectangulares excavados en el suelo, con escaleras de mano para bajar hasta el fondo.

Lenzo
¿Están vacíos?

Aldo
No lo sé, nunca he bajado.

Dora
Te obsesiona la muerte…

Aldo
Sí.
En fin, al grano. Me gustaría que un médico competente visitara a mi madre. Sufre hemorragias.

Lenzo
¿Hemorragias?

Aldo
Sí. Pérdidas. Por abajo.

Lenzo
¿Desde cuándo?

Dora
Lenzo, ¿qué…?

Aldo
Lo descubrí la semana pasada. Ella es muy reservada con su salud. Encontré su ropa interior manchada de sangre. Le pregunté y me dijo que no sabía nada. Discutimos. Comprendió que no podía mentirme y me contó que no le había dado importancia, que venía sucediendo desde hacía unos tres meses.

Dora
¿Es grave?

Lenzo
Debería verla un ginecólogo.

Aldo
Nunca le ha hecho falta.

Dora
Quizás ahora sí. Podría ser…

Lenzo
Podría.

Aldo
No sé qué trámites son necesarios para… ¿Te importaría conseguirnos esa visita, por favor?

Lenzo
Lo haré. Mañana sin falta lo consulto en el hospital.

Aldo
Gracias. Dora, ¿te encuentras en condiciones de preparar la cena?

Lenzo
Debería descansar. Un par de días.

Aldo
No podemos prescindir de ella tanto tiempo. Necesitamos que alguien se encargue de la casa.

Lenzo
Hoy debe descansar. Mañana se verá.

Aldo
En fin. Seguro que mi madre se anima a prepararnos algo para cenar. Te quedas, ¿verdad?
Lenzo
No. Tengo que irme. Dora, recuerda lo que te he dicho que tienes que hacer.

Aldo
¿Sois pareja?

Dora
Sí.

Aldo
Se nota. ¿Seis meses?

Lenzo
¿Seis meses?

Aldo
El tiempo que lleváis juntos.

Dora
Siete.

Aldo
Casi. No se puede tentar a la suerte dos veces seguidas.
Vente mañana, Lenzo. Me gustaría conversar contigo. No abundan muchos médicos por estos parajes. Les asusto. Prometo no hablar tanto. Me has causado buena impresión. Y de paso te aseguras que Dora no ha huido con ningún amante insospechado, como pasó con Dalia, que de un día para otro, ¡volatilización!

Lenzo
Cuesta creerlo.

Aldo
¿Verdad? Sería más creíble que la hubiéramos matado y nos la estuviéramos comiendo. Dora, ¿no has visto todas esas bolsas en la cámara frigorífica?

Lenzo
Vuelvo mañana.

Aldo
Dora, quédate aquí descansando, subo un momento a hablar con Claudia, que cocine algo para los tres. Un placer, Lenzo, hasta mañana. Os dejo para que os despidáis, y no te preocupes por Dora, hoy no la haremos trabajar. Cenamos y la llevamos a su cuarto. En algún lugar del garaje tiene que estar la silla de ruedas que usaba mi padre poco antes de morir. Murió sentado en la silla.

Aldo se va.

Lenzo
¡Qué rollo!
Dora, esta noche quéjate de la rodilla. Mucho. Mañana vendré a verte.

Dora
Cuando ha dicho lo de las pérdidas de sangre… Te ha cambiado la cara.

Lenzo
Antes, cuando la exploraba, he encontrado ganglios inflamados. En el cuello y en las axilas. Y está muy caliente.

Dora
En eso me había fijado.

Lenzo
En el momento no sabía, no he caído en la cuenta, pero…

Dora
¿Cáncer? ¿Claudia tiene cáncer?

Lenzo
Es muy probable. Y muy avanzado. Tan avanzado que no creo que valga la pena siquiera el esfuerzo de… Estoy hablando en voz alta. No me hagas caso. ¿Te has fijado en Aldo? ¿Mientras hablábamos?

Dora
¿A qué te refieres?

Lenzo
Que él la quiere, se nota. Se le han llenado los ojos de lágrimas cuando ha mencionado lo del cáncer. Le ha temblado la voz.

Dora
Es un monstruo.

Lenzo
¿Te lo parece?

Dora
Sí.

Lenzo
Te noto recelosa con él. Yo le creo. Desconfiaría más de ella. Muy reservada. Claudia no nos lo ha contado todo. Las quemaduras. ¿Estás segura que estos días no ha venido nadie a la casa? ¿O de que ella no ha salido?

Dora
No sabe conducir. Y en bicicleta… No va en bicicleta desde hace dos o tres años, me dijo, por la espalda.

Lenzo
¿Dolor de espalda?

Dora
Sí. Desde hace dos o tres años.

Lenzo
¿Tanto tiempo? Grave. Muy grave. Un cáncer con tanto tiempo de evolución… Me marcho antes de que vuelva Aldo. Te quiero, Dora. Ten el móvil siempre a mano, sobre todo si estás con ella. Él es un artista, conocí a muchos como él en la universidad, tan egocéntricos, tan… Pero completamente inofensivos. Pero ella... Ella no sabemos lo que es. Hasta mañana, cariño.

Dora
Adiós.

Lenzo se va.
Aldo y Claudia entran. Arrastran una silla de ruedas.

Aldo
Voilà!

13

Donde aparecen una silla de ruedas, una pajarita de papel, mucho dolor, los enormes ojos del señor Wind y dos sonánvolas. Y donde se descubre quién quema a Claudia.

Aldo, Dora, Claudia.

Aldo
Me acuesto. Claudia, aunque no tengas sueño, métete en la cama. Le pediría a Dora que se asegurara que obedeces, pero me da la impresión de que, hoy, subir escalones no es su fuerte. Buenas noches.

Dora
No estoy inválida.

Aldo
No, pero debes sentirte como tal.

Aldo coge un tenedor y lo arroja al otro extremo de la habitación. Mira a Dora. Dora no comprende el significado del gesto. Aldo ríe.

Aldo
Buenas noches.

Aldo sale.

Dora
Estoy harta de esta silla. Necesito estirar las piernas.

Claudia recoge el tenedor y lo guarda en el bolsillo de la bata.

Dora
Te he visto muy tranquila durante la cena.

Claudia
¿De qué hablabais antes?

Dora
De mi rodilla. Y de los reflejos. Del reflejo rotuliano.

Claudia
¿Su discurso sobre el reflejo rotuliano?

Dora
Sí.

Claudia
¿Y de mí? ¿Habéis hablado de mí?

Dora
No.

Claudia
No me engañes. Mientras cenábamos, cómo decirlo, me he sentido… Incómoda… En mi propia casa… En mi propio paisaje. Las palabras pueden crear, habitar los lugares, los paisajes...
Dora
No te engaño. Aldo ha hablado mucho, y todo el rato sobre él.

Claudia
Normal. Le gusta analizar a la gente exponiéndose. Yo le he visto hacerlo alguna vez, con gente que acababa de conocer. Puede sacarte de quicio. Y agota. Valora constantemente las cualidades de su contrincante. Para él, cualquier conversación supone un reto. Y después calla, deja de hablar, y se va. Otorga un momento de respiro. Permite que su contrincante piense con calma, que evalúe lo que ha sucedido y, si decide seguir conversando, Aldo le acogerá con los brazos abiertos. Y, es muy curioso, puede mostrar cariño simplemente hablando. En un segundo encuentro, Aldo nunca avasalla… Generalmente.

Dora
Yo ya sufrí en mi primer encuentro con él. Y dudo que en un segundo encuentro pueda resultar aún más avasallador.

Claudia
A mí también me gusta hablar. Hablar me relaja. Nunca he sido capaz de hablar sola. Con lo fácil que lo tengo. Tantas horas en esta casa inmensa, a veces abrumadora, sin otra presencia que la mía. Nunca he hablado sola. No me gusta mi voz.

Dora
Pues cantas muy bien.

Claudia
¡Qué dices!

Dora
De verdad. El señor Wind, tu marido, nos entretenía con... Acabo de acordarme. ¿Te molesta?

Claudia
Para nada.

Dora
Los días de lluvia, nos entretenía con ejercicios de papiroflexia. Hacíamos góndolas, pavos reales, una especie de cubo muy extraño que se abría por una de las puntas moviendo los dedos, así.

Claudia
Un cielo-infierno.

Dora
¿De verdad?

Claudia
Sí.

Dora
¿Se llama así?

Claudia
Sí.

Dora
Y pajaritas de papel. Cada vez más grandes. O cada vez más pequeñas.

Claudia
¿Os enseñó a hacer ranas?

Dora
No. ¿Pueden hacerse ranas?

Claudia
Ranas saltarinas. Te he interrumpido.

Dora
Sí. Las pajaritas de papel me transportaban a otro lugar. Me encantaba doblar el papel, hacia un lado, hacia el otro, un simple trozo de papel, y, ¡magia!, aparecía una pajarita entre las manos. No comprendía cómo, de dónde podía surgir algo tan bello. Las primeras veces no me salía, un día se me acercó el señor Wind, lo acuerdo perfectamente, se colocó a mi lado, mirándome con esos ojos, tenía unos ojos enormes…

Claudia
Maravillosos.

Dora
Azules. Y me dijo:

–Suelta el pañuelo.

Y me lo quitó de la mano con tanta suavidad y lo dejó en el pupitre y me dijo:

–Aquí estará bien.

Y apareció mi primera pajarita.
¿Estás llorando?

Claudia
Quise a mi marido más que a nada en este mundo. Más que a mí misma. Lo amé más que a mi hijo.
Pero eso era antes.
¿Qué querías decir?

Dora
Me relajaban tanto las pajaritas. ¿Por qué no pruebas?

Claudia
¿Yo? ¿Hacer pajaritas de papel?

Dora
Sí.

Claudia
Trae una hoja.

Dora
Toma.
Claudia.

Claudia
¿Qué?

Dora
¿Quién te quema?

Claudia
No me separaréis de mi hijo.

Dora
Es por tu bien.

Claudia
Nunca.

Dora
Dime la verdad. ¿Aldo te ha hecho esas quemaduras?

Claudia
No.

Dora
¿Quién ha sido?

Claudia
La pajarita. Aquí la tienes.

Dora
No quiero pensar que estás loca.

Claudia
No lo entenderías.

Dora
¿Te quemas tú misma? ¿Con cigarrillos?

Claudia
Me duele mucho, Dora.
Todo me duele mucho.
Por dentro.
Los cigarrillos me mantienen despierta. Su quemazón… Me distrae… Mitiga el otro dolor… Por un rato.

Dora
Tienes que dejar que te vea un médico. Existen medicamentos para el dolor. ¡Mierda!

Claudia
Este dolor no me lo quita ningún medicamento. Me duele el alma.

Dora da un respingo. Suena el móvil en su bolsillo.

Claudia
¿Es un teléfono portátil? ¿No lo coges?

Dora
¡No!

Claudia
¿Quién es?

Dora
No te importa.

Claudia abofetea a Dora.

Claudia
Perdona.

Dora
No pasa nada.

Claudia
¿Qué haces?

Dora
Poner música.

Claudia
¿Ahora?

Dora
Ahora.

Claudia
No lo hagas. Si Aldo se despierta y te ve en pie, se enfadará. Mucho. Y conmigo aún más. Por la música.

Dora
La música también puede habitar paisajes. Y embellecerlos.

Claudia
Dora, por favor.

Dora conecta su reproductor de música a los altavoces del equipo.
Suena una canción lenta.
Dora coge a Claudia.

Dora
¿Dónde te duele?

Claudia le señala un punto de su cuerpo.
Dora la abraza y acaricia la piel allí donde le duele.
Claudia señala otro punto.
Dora la acaricia de nuevo.
Claudia…
Dora…
Bailan juntas.
Hasta que el sueño las abate.
Pero siguen juntas.
Sonanvolando.

14

Donde Aldo realiza una promesa.
Y donde se prosigue hablando del libro.

Lenzo, Aldo.

Lenzo
¿Y todas estas pajaritas? Debe haber cientos.

Aldo
¿Si te digo que no tengo la menor idea?

Lenzo
No he conseguido localizar a mi superior en el hospital. Esta tarde vuelvo. Espero encontrarle. ¿Cómo se encuentra Dora?

Aldo
No la he visto hoy. Me ha extrañado que no te abriera la puerta. Quizás ande por el jardín. A Claudia, los días que hace este tiempo, le gusta corretear por el jardín. Estará ayudándola con los parterres. Es un trabajo reposado, aunque en silla de ruedas puede convertirse en toda una aventura.

Lenzo
¿En silla de ruedas?

Aldo
La de mi padre.

Lenzo
Creía que bromeabas anoche.

Aldo
No.

Lenzo
¿Vamos a buscarlas?

Aldo
Dejémoslas. Claudia necesita distraerse. Trabaja mucho últimamente.

Lenzo
¿Es escritora?

Aldo
No. El escritor soy yo.

Lenzo
¿Pero ella también escribe?

Aldo
No. Ella escribe mi libro. El manuscrito, por llamarlo de algún modo, lo he ideado y escrito yo. Claudia lo reproduce. Es mi editora cien por cien artesanal.

Lenzo
¿Tu editora?

Aldo
Ella reproduce los ejemplares. A mano. Uno a uno.

Lenzo
¿Por qué no acudís a una editorial profesional? Ahorrarías tiempo y esfuerzo y no creo que el coste supusiera un inconveniente…

Aldo
Imposible. No se trata de un libro convencional. Es un origami, una construcción de papel de doscientas cuarenta y dos caras. No se encuaderna. ¿Cómo explicártelo? Se parte de una única lámina cuadrada de papel y se dobla hasta obtener las doscientas cuarenta y dos caras. No existe máquina en el mundo capaz de elaborar este libro.

Lenzo
No puedo imaginármelo.

Aldo
Inténtalo. Cierra los ojos. A ver. Su forma es triangular y se empieza a leer, como todos los libros, por la primera cara, la portada, y a medida que avanza la lectura se despliega en una o más caras, en uno o más itinerarios de lectura. Y al llegar a la última página, el libro se cierra. Solo. Y recupera su forma original, su forma triangular. Y aparece la contraportada. Sin darle la vuelta. Ya puedes abrir los ojos. Es complicado concebirlo, lo reconozco.

Lenzo
¿Me muestras un ejemplar?

Aldo
No.

Lenzo
Claudia dobla el papel.

Aldo
Y escribe.

Lenzo
¿Y de qué trata?

Aldo
¿Te has despertado un buen día y has pensado en no ir a trabajar?

Lenzo
Continuamente. Cada día.

Aldo
¿Y has pensado en desobedecer a tu jefe porque te ha ordenado algo que no te apetece o crees que no debería hacerse?

Lenzo
Cuando se ha dado el caso, sí, lo he pensado. Pero siempre acabo acatando las órdenes.

Aldo
¿Y nunca has pensado en arrojarte a una vía cuando está a punto de pasar el tren?

Lenzo
Jamás.

Aldo
¿En acostarte con la mejor amiga de tu novia o con tu hermana?
¿Nunca has soñado con ello?
¿En dejar de hacerte la cama un día? ¿En beber una copa de más? ¿En saltarte un semáforo en rojo? ¿En acelerar en vez de frenar? ¿En cambiar de carrera? ¿En comprar el cuerpo de una mujer o en vender el tuyo? ¿Siempre has escogido lo correcto?
Hablo de pensamientos fugaces, que duran décimas, milésimas de segundos. De posibilidades. De elecciones.
Cuando naces, tu vida es una hoja en blanco. Y el cronómetro se pone en marcha. Y te pliegas, te doblas, te arrugas, te retuerces, hacia un lado, hacia el otro, adentro, afuera. Todo puede suceder. Las posibilidades son inabarcables

Lenzo
Me parece que no has respondido a mi pregunta. Me gusta lo que cuentas pero…

Aldo
El libro no contiene ninguna historia. Contiene millones de ellas. Tantas como posibles lectores. El libro es un origami, como lo es la propia vida. Y la historia que lee el lector son las arrugas de su pasado, los surcos del presente, las planicies del futuro. El libro

habla a cada uno de su libertad de elección. Reproduce la capacidad de pensamiento de cada uno de nosotros. Lees tu vida y tus elecciones.

Lenzo
¿Causa y efecto?

Aldo
Sí, pero nunca de manera predecible. En este preciso instante, estamos hablando, pero por mi cabeza corren cien temas distintos, ninguno relacionado directamente con nuestra conversación. Dejarme llevar por uno sólo de ellos y lograr desviar la conversación depende exclusivamente de si permito plegar mis pensamientos hacia un lado o hacia otro. Si les permito que emerjan o no. Somos hojas de papel, a veces demasiado arrugadas, a veces con pliegues que nos lisian de por vida. Pero siempre existe un nuevo pliegue. Tomarlo o no depende del grado de libertad de cada persona.
Seré ilustrativo: según tú, ¿qué no soy capaz de hacer ahora mismo? Ya.

Lenzo
Matarme.

Aldo
Demasiado fácil. Otro.
No se te ocurre.

Lenzo
Matarme me parece bastante improbable.

Aldo
Más improbable sería que consiguieras humillarme, por poner un ejemplo.

Lenzo
No sabría por dónde empezar.

Aldo
Exactamente. Pues no resulta tan difícil. Simplemente debes planteártelo como una posibilidad. Descubrir ese pliegue en ti. Y abalanzarte contra él, contra el muro de papel capaz de ceder, de proporcionar nuevas opciones. Requiere cierto entrenamiento. Mira. Aquí donde me ves, y sin dejar de hablar, para demostrártelo, me he lanzado contra un pliegue que me conduce irremisiblemente hacia el suicidio, ¿no ves cómo lloro?, ¿no ves que me encuentro al borde de la muerte?, sería tan fácil, ahora mismo, acabar con, pero no, debo pararlo, basta, dejo de llorar… ¿Lo ves?, y sin callar.
Inténtalo.

Lenzo
Estás loco.

Aldo
Tienes miedo. Por eso controlas tu libertad. No quieres vivir más de la cuenta. Prefieres tu camino suficientemente iluminado. Origami amplía la libertad.

Entran Dora en silla de ruedas y Claudia.

Aldo
No os hemos oído llegar. ¿Estabais en el jardín?

Claudia
¿Has estado llorando?

Aldo
No es nada. Una demostración.

Lenzo
Dora, no deberías trabajar. Te avisé. Voy a llevarte a casa.

Dora
No.

Lenzo
Tengo que reconocerte la herida.

Aldo
Adelante.

Lenzo
A ver… ¿Duele si aprieto aquí?

Dora
No.

Lenzo
Dora, tengo que hablar contigo.

Dora
Yo también. Llámame luego.

Lenzo
Vente conmigo.

Dora
No.

Claudia
Aldo, ¿qué hace el médico aquí otra vez?

Aldo
¿Dejarnos sin servicio un día más?

Claudia
Aldo, no quiero que nadie me diga que voy a morir.

Aldo
¿A qué viene eso?

Claudia
Prométemelo. No quiero que nadie me diga nunca que voy a morir.

Aldo
Te lo prometo.

Claudia
Moriría si me alejaran de ti.

15

Donde Dora recrimina a Aldo que un beso de amor fuera, en realidad, un beso de odio.

Dora, Aldo.

Dora
Podría haber regresado a casa de mis padres. Dejar que Lenzo me llevase. A que me cuidaran mis padres. No me apetece. Con mi familia, la sensación, con mi familia... La sala de espera de un centro de enfermedades sexuales… Infecciosas. ¿Has estado alguna vez en alguna? ¿En alguna sala de espera? ¿Esperando, encerrada, inquietante? Cualquiera puede contagiarte una enfermedad… Así es la casa de mis padres. Una sala de espera. Saturada de enfermedades.
Me encuentro bien en esta casa. A gusto.
No me dejes hablar más.

Aldo
¿Por qué sales con Lenzo?

Dora
Eres impertinente.

Aldo
Y tú, mentirosa. No le quieres. No más que a Claudia o a mí. Se te nota en la mirada. Le desprecias.

Dora
Me folla muy bien.

Aldo
¿Por qué crees que puedes herirme con esas groserías? ¿Es tu primer novio?

Dora
Para nada.

Aldo
¿Cuántos?

Dora
Que considere novios, he perdido la cuenta. ¿Qué entiendes por novio?

Aldo
Algo más que follarte muy bien.

Dora
Pretendes que hable.

Aldo
Sí. Quiero conocerte. A veces nos observas, a Claudia y a mí. Me he dado cuenta. ¿Qué sucede que no sepamos?

Dora
Nada. Me llamáis la atención.
¿Dalia se enamoró de ti?

Aldo
Sí.

Dora
¿Cómo lo sabes?

Aldo
Dijo que me amaba.
¿Cuántos novios has tenido?

Dora
Cuatro. No, cinco. No es asunto tuyo.

Aldo
Quiero preguntarte algo.

Dora
Pregúntame lo que quieras.

Aldo
¿Me lo permites?

Dora
Tengo la impresión de que se te puede confiar un secreto.

Aldo
Los secretos no se confían. Dejan de considerarse secretos. Procede del latín, secretus. Significa retraído, aparte, separado. En uno mismo. Nunca me confíes un secreto. Confíame tu complicidad.
¿Cómo tuviste tantos novios?

Dora
Necesitaba borrar la huella de Gavin de mi cuerpo.

Aldo
¿Has conseguido olvidarme alguna vez?
No respondes.
Pregunta equivocada. Corrijo. ¿Buscabas un héroe?

Dora
Busqué tantos héroes equivocados.

Aldo
¿Por qué no saliste con Gavin?

Dora
¿Después de violarme?
No me imagino... Borracha… Tanto tiempo.

Aldo
¿Prefieres a Lenzo, que te aporta la sobriedad, la seguridad, la comodidad, el sexo, los reflejos rotulianos que necesitas?

Dora
Me habría convertido en un monstruo.

Aldo
Serías diferente.
Dora
Los niños no quieren ser diferentes.

Aldo
Entonces yo nunca fui un niño.

Dora
¿Te enamoraste de Dalia?

Aldo
Sí.

Dora
Lo suponía. Y Teo, ¿se enamoró de ella?

Aldo
Teo nunca existió. ¿Por qué lo suponías?

Dora
Dalia y yo nos peleábamos siempre por los mismos chicos. Teníamos gustos parecidos.

Aldo
¿Dalia también estaba en nuestra clase?

Dora
No. Iba un curso por delante. Repitió luego.
Dime qué ha pasado con Dalia.

Aldo
Nos la comemos. Te lo dije, las bolsas en la nevera.

Dora
En serio.
Aldo
Se fue.

Dora
¿Está bien?

Aldo
No.

Dora
¿Te acostaste con ella?

Aldo
Me preguntó si la amaba.

Dora
Quería acostarse contigo.

Aldo
Como tú.

Dora
No. Yo quiero…
Que me beses.
Para contrarrestar…
Borrar tu beso. Tu primer beso. Borrarlo de mis labios.
Matar la niñez. No sentir nada. Olvidarte. Matar a la niña que llevo dentro. Dejar de soñar… De querer. Recuperar para revivir, recordar, recrear, invocar un mundo perdido… Y decapitarlo al instante.
No necesito borrar una violación. No supuso nada. No me capturó en ningún sitio. Tú sí. Tu beso sí. Necesito borrar tu beso. Borrarte. A ti.

Aldo
Pides un beso cuando, en realidad, estás pidiendo acostarte conmigo. No lo entiendo. Me recuerdas a Dalia. Mañana te vas de esta casa.

Dora
Sólo quería decirte que… Te odio. Por mantenerme engañada tantos años. Por no ayudarme a olvidar un beso de mentira.

Aldo
Lo siento. De verdad. Lo siento.

Dora
Necesito el trabajo. Y vosotros me necesitáis a mí. Por los libros. Claudia me lo ha contado.

Aldo
Puedo reemplazarte.

Dora
No encontrarás a nadie.
Aldo
Se me hace raro verte sentada en la silla de ruedas de mi padre.

Dora
Te quedarás solo.

Aldo
No.

Dora
Veremos. Mañana me voy.

Dora sale.

Aldo
No. Quédate.

16

Donde se abre la puerta blanca.

Claudia, Dora.

Claudia
¿Qué haces?

Dora
Me voy. Estoy despedida.

Claudia
¿Qué dices? ¡Siéntate en la silla! ¡Si Aldo te ve en pie!

Dora
Aldo que vea lo que quiera. Ya no le… No se me ha perdido nada en esta casa.

Claudia
¿Qué quieres decir?

Dora
¿Vienes conmigo? Tiene que visitarte un médico.

Claudia
¡No! ¡Te dije que no volvería a quemarme y no lo he hecho!

Dora
Te mueres, Claudia.

Claudia
Me lo prometió.

Dora
¿Cómo?

Claudia
Me prometió que nadie me diría nunca que puedo morir.

Dora
Estás enferma. Muy enferma.

Claudia
No puedo abandonar a Aldo. ¡Y el libro! ¡El libro es más importante para él que su propia vida!

Dora
Si no vienes conmigo, haré que te saquen a las malas. No me gustaría tener que llegar a ese extremo. La sangre.

Claudia
No. ¿Qué sangre?

Dora
Vámonos.

Claudia
No puedes irte.

Dora
Sí puedo. Y tú también.

Claudia
Por favor.

Dora
Si no quieres, me veré obligada a decirle que has escuchado música conmigo. Que mi rodilla está sana. Que tú lo sabías todo. Que le mentiste. No me hagas chantajearte, por favor, tú no tienes la culpa de toda esta rabia mía.

Suena el teléfono móvil de Dora.
Dora lo saca del bolsillo.
Claudia se lo quita y lo arroja al suelo.

Dora
¡Qué haces!

El teléfono sigue sonando.

Claudia
¡Quédate! Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por…

Dora
¿Por Aldo? ¡Nunca! ¡Se acabó!

Claudia
Por ella.

Dora
¿Qué dices?

Claudia
Está allí.

Claudia se acerca hacia la puerta blanca y la abre apenas unos milímetros.

Dora
¡Vas a morir! ¿No lo entiendes?

Dora aprovecha para agacharse y recoger el móvil.
Claudia saca el tenedor y se lo clava en la rodilla.
Dora se retuerce de dolor.
Claudia lanza el móvil. Deja de sonar.

Dora
¡Tú única esperanza es acompañarme!

Claudia abre la puerta blanca por completo...
Permanece paralizada un segundo.
Un segundo que se hace eterno.
Podría llorar. Huir. Cantar. Matar. No. Demasiado fácil. Otro. Otro pliegue. Un pliegue. Un pliegue insospechado. Claudia se estrella contra un pliegue nuevo. Todo su cuerpo apoyado contra el pliegue, hasta que cede. Cede, se inclina, se vuelca, se vuelca ciento ochenta grados y Claudia cae al vacío. Una hoja de papel tiene dos caras. La verdad es doble. Cae sin final. Y una rana croa. Una rana empieza a croar. Y la escucha Claudia y la escucha Dora. Y el segundo se acaba.
Claudia corre hacia Dora, la toma por los brazos y la arrastra hacia la puerta blanca. Dora aún no grita. Cruzan la puerta. Dora aún no grita. Y desaparecen tras la puerta. Y entonces sí. Dora grita. Grita. Y grita. Y parece que nunca vaya a dejar de gritar.
Comienza la papiroflexia humana.

Acto II

Imagiro

Poesía de mi corazón: imaginación.

Federico García Lorca, *Poética I*

1

Donde empieza la papiroflexia humana.
Donde Dora pide a Aldo que imagire por un segundo.
Y donde Aldo gana un deseo.

Desde la silla de ruedas, Dora recoge como puede cientos de pajaritas de papel esparcidas por el suelo. Una de las figuras parece tener algo escrito. Despliega la pajarita y lee: "Origami". Claudia lo escribió la noche que bailaron juntas, Dora se lo había pedido.
Le da la vuelta a la hoja y descubre la lectura inversa de la palabra: "Imagiro".
Entra Aldo.

Aldo
Gracias por quedarte.

Dora
Te... Quiero.

Aldo
No lo digas. No lo sientes. Dijiste que me odiabas.

Dora
Sí lo siento.

Aldo
¿Dónde?

Dora
Por… Todas partes.

Aldo
No te creo. Tu mano. Tu mano, por ejemplo. ¿Tu mano me quiere?

Dora
Sí. Arde... Por tocarte.

Aldo
¿Tu rodilla?
¿Tu rodilla?

Dora
No. Mi rodilla… Me duele.

Aldo comprueba el reflejo rotuliano de la rodilla de Dora.
La muchacha grita de dolor.

Aldo
Ha empeorado. Supones una carga. No nos ayudas.

Dora
No.

Aldo
Haces lo mínimo.

Dora
Puedo… Hacer… Más.

Aldo
No se me ocurre cómo. Te esfuerzas hasta que el dolor te vence. No sé si lo haces por odio. O por amor. Pero, por mucho que me quieras, no cumples con tus obligaciones.

Dora
Tu… Padre.

Aldo
¿Mi padre?

Dora
Tu padre... Me enseñó… A hacer pajaritas de papel.

Aldo
¿Qué insinúas?

Dora
Mis manos. Mis manos aman… Trabajan… Pliegan… Papel.

Aldo
¿Serías capaz?

Dora
Sí. Me convertiré en dos manos… Más. Para Claudia. Para ti. Claudia, en mis piernas. Puedo aprender.

Aldo
¿Por amor? ¿Sólo por amor?

Dora
Te lo demostraré. Mis piernas se recuperarán. Poseerás... Dos mujeres. Seis manos. Seis piernas.

Aldo
El amor no puede llenar más que un cuerpo.

Dora
Me… Plegaría… Por… Ti.

Aldo
¿Quién te ha enseñado a darle tanta importancia al amor? Razona lo que dices. Estás equivocada.
No puedes verlo.
Si te pidiera que te quedaras a vivir conmigo, ¿lo harías?

Dora
Si tú quisieras... Sí.
Contigo.

Aldo
Te pareces mucho a Dalia. No por completo. Sólo mucho. Ella se entregaba totalmente. Hay algo en ti que me despierta recelo. ¿Qué es?

Dora
La verdad… Es doble.

Aldo
Como las caras de una hoja de papel. ¿Qué más te enseñó mi padre?
Háblame de él. Sólo poseo mis recuerdos. Mi verdad. Y la que me cuenta Claudia. ¿Cuál es la tuya?

Dora
Sus ojos. Azules. En su mirada… Nadaban delfines.

Aldo
Deja de hablar tan sincopada.

Dora
Todo lo que digo… Lo digo para ti. Me supone... Un esfuerzo… Enorme.

Aldo
Háblame de mi padre.

Dora
Tú… Tienes… Su misma mirada. Me quitó el pañuelo… Grácil… El mismo pañuelo que tú rescataste. Que se manchó de sangre. Que quemé. Tocó mi pañuelo. Todavía puro.

Tú… Tienes… Su misma mirada… La tuya sin delfines. ¿Sabrías tratarme como tu padre?

Aldo
Quizás. Tú tienes su misma silla de ruedas.

Dora
Bésame.

Aldo
Nunca besé a mi padre. Siempre era él quien me besaba.

Dora
Me siento… Muy triste.
Aldo. Imagina.
Imagira.
Imagiro.
Y da la vuelta.
Origami.
Que me besas de verdad.
Es fácil.
Un segundo. De tu vida.
Hazlo. Por mí. Por ti. Y luego vuelve a por ti. A ti.

Aldo
Pides demasiado.

Dora
Luego… Pídeme lo que quieras.

Aldo
¿Lo que desee?

Dora
Cualquier… Deseo.
Para empezar... A olvidarte… Como no eres… Necesito… Que me beses.

Aldo besa a Dora.

Dora
Gracias.
Aldo
Camina.

Dora se incorpora de la silla. Se desploma y grita de dolor.

Aldo
Me debes un deseo.

2

Donde Dora croa.

Dora, Claudia.

Dora
No me sale.

Claudia
Te has equivocado en el penúltimo pliegue.

Dora
Enséñamelo otra vez.

Claudia
Coge otro papel.
¿Cómo lo conseguiste?

Dora
Se lo pedí. Quiero ser útil. Puedo ayudarte. Estoy preparada.
¿Empezamos?
¿No quieres enseñarme?

Claudia
No.

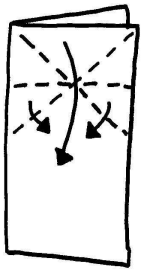
Dora
Enséñame.

Claudia
No lo hago por ti. Que conste. Lo hago por él. No puedo desobedecerle. No quiero. ¿La hoja es cuadrada? ¿Sí? Dóblala por la mitad.

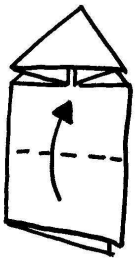
Dora
De eso me acuerdo.

Claudia

Trata el papel doblado como una sola hoja. Ponlo vertical y marca tres pliegues, uno horizontal y dos en forma de equis. Los tres pliegues deben cruzarse por la mitad. Y pliégalos hasta obtener el pico.



Marca un pliegue en el fragmento inferior y dóblalo por la mitad.

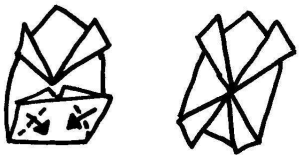


Pliega las puntas del pico hacia afuera para obtener las patas.

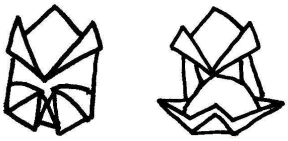
Marca dos pliegues verticales y ciérralos hacia el centro.

Otro pliegue horizontal en el tallo inferior y dóblalo.

Las ancas. Delimita dos triángulos y dóblalos hacia el centro y hacia afuera.

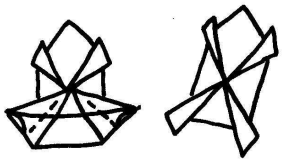


Desde el ángulo que une las ancas, estira hacia los laterales.



Dora
Qué difícil.

Claudia
Laborioso. Traza dos triángulos más en las ancas y dóblalos hacia afuera y obtenemos el vientre.



Le damos la vuelta. Marca dos pliegues paralelos en el tronco y dóblalos de manera que queden escalonados.

Y aparece la rana saltarina.

Dora
¿Dalia también aprendió papiroflexia?

Claudia
¿Quieres seguir los mismos pasos que Dalia?
Sí, aprendió.

Dora
¿Le enseñaste tú?

Claudia
Aprendió ella sola. Gracias a la biblioteca de la buhardilla. Era más espabilada que tú. Me espiaba mientras trabajaba. Me robaba libros. Practicaba en su cuarto a escondidas. Quiso superarme. Ser mejor que yo. Mejor para Aldo. No lo consiguió.

Dora
Yo no puedo subir hasta la buhardilla. Si no, también te habría espiado. Y robado libros.
Claudia
Ni que pudieras. Destruí la biblioteca. Todo lo que sabía. Para que nadie pueda pisarme los talones de nuevo.

Dora
Yo no quiero pisarte los talones.

Claudia
Tú querrías que te los pisara yo. Pero nunca ocurrirá. Un alumno nunca supera a su maestro. Aldo es la excepción.

Dora
Aquí tienes la rana saltarina. No he tardado tanto.

Claudia
Píntale boca y ojos.

Dora
Es ridículo.

Claudia
Debes conocer los fundamentos. Adiestrarte. La rana saltarina necesita boca y ojos. Píntaselos. Después, desaprende lo que quieras. Sáltate los pasos que quieras. Yo soy capaz de hacer la rana saltarina en cuatro pasos. Sólo consiste en saber dónde apoyar las yemas de los dedos, dónde presionar. En cuatro movimientos te la hago.

Dora
A ver.

Claudia
Aún no. Píntale boca y ojos.

Ahora haz que salte.

Dora
Salta bien.

Claudia
Cuando salte tienes que croar.

Dora
No.

Claudia
Croa.

Dora
No.

Claudia
Croa.

Dora croa.

3

Donde Claudia habla de la noche en que corrió bajo la lluvia
y en la orilla del estanque encontró a Dalia empapada, llorando y semidesnuda,
quien le dijo que Teo no existía.
Donde Aldo recuerda ser cómplice involuntario de una culpa.
Donde Lenzo habla por teléfono mientras conduce.
Donde Dora obedece a Claudia y ama a Aldo.

Claudia, Aldo.

Claudia
Sufro mucho, ¿sabes?

Aldo
Lo sé. Por eso quiero que Dora te ayude con las tareas más básicas. Tú no quieres que la sustituyamos y ella quiere aligerarte el trabajo. No veo dónde está el inconveniente. No podemos demorarnos con los libros. Debo cumplir con el plazo. Aguanta por mí. ¿O prefieres que yo sufra?
¿Quién me tatuó en el vientre la palabra "Vive"?

Claudia
No.

Aldo
Madre.

Claudia
No me llames madre. Siento cómo te alejas de mí. Soy más que un apelativo familiar. Soy una persona. Y quiero que me ames plena. Nada de coartadas para no amar con intensidad. Me llamo Claudia.

Aldo
Nunca te lo he preguntado. Claudia. ¿Has intentado suicidarte alguna vez?

Claudia
Jamás. Nunca me he permitido ese privilegio. He dedicado mi vida entera a los demás. A mi familia. A ti y a tu padre. Me relegué a un segundo plano.

Aldo
Si te oyera Dora, preguntaría por qué no llamas a mi padre por su nombre.

Claudia
¿Por qué has pensado en ella ahora?

Aldo
¿Qué le responderías?

Claudia
A los muertos hay que dejar de amarles. Son deplorables.

Aldo
Sí. Deplorables. Y no te permiten vivir.
¿Mi padre se suicidó?

Claudia
No. Fue una muerte lenta.

Aldo
¿Y alguien de la familia? ¿Algún abuelo?

Claudia
No. Sólo yo lo he pensado muchas veces. Pero nunca me he atrevido.

Aldo
¿Cómo?

Claudia
Colgándome. De una viga. En la buhardilla. La viga que queda justo sobre la mesa de trabajo. A veces, cuando trabajo, veo mis propios pies colgando, noto las uñas de mis pies rozándome el cabello.

Aldo
¿Por qué lo harías?

Claudia
No tengo motivos.

Aldo
Acabo de acordarme. Yo era muy pequeño, un fin de semana, un sábado por la mañana, una de sus perras de papá parió.

Claudia
Luna.

Aldo
Espera. Fui el primero en darme cuenta que la perra… Luna. Sí, se llamaba Luna.

Claudia
Creía que lo habías olvidado.

Aldo
Estaba pariendo. Vino hasta la puerta de mi habitación, era muy temprano, me despertaron sus gemidos, me levanté y allí estaba Luna, con una masa informe retorciéndose en el suelo. La perra me vio, dio media vuelta y regresó a la cocina para seguir con el parto. Corrí a avisarte. No había nadie más en casa. Estábamos solos.

Claudia
También estaba tu padre. Pero como si no. En la silla de ruedas. En el piso de arriba.

Aldo
Más de dos horas de parto, me acuerdo como si fuera ahora, la veo aquí delante, ahora mismo. Yo rasgaba las bolsas fetales, Luna se comía el cordón umbilical y la placenta. Tú nos mirabas, sentada en el taburete. No apartabas la mirada del cráneo de la perra. Interviniste una única vez, para impedir que Luna comiera más placentas de la cuenta.

–Pueden sentarle mal –me dijiste.

Once cachorros en total. Una camada de once cachorros. Negros, marrones y blancos. Con los ojos cerrados. Empapados en mucosa.

Claudia
No hablabas en aquella época, ¿te acuerdas?

Aldo
Los metiste en una bolsa de plástico. Negra. A los once. En una mano, la bolsa. En la otra, yo. Y salimos al campo. Donde antes estaba el campo de frutales. Donde ahora están los abetos.

Claudia
Los frutales murieron todos. Ese mismo año.

Aldo
Las cabezas de las crías se aplastaban contra el plástico. Se asfixiaban. Once bocas aspirando la bolsa, como si respirara, un pulmón con once bocas que gimen, yo miraba la bolsa a través de tus piernas, recuerdo tus piernas, con pantalones negros, como tijeras que caminaban muy rápido, pisando la tierra labrada. Yo arrastraba una azada. La llevaba arrastrando, zigzagueaba en la tierra, de repente la azada saltaba, una piedra.

Claudia
De pequeño me rayaste todas las baldosas. Tenías la manía de arrastrar las cosas por el suelo.

Aldo
Me pediste la azada, estábamos lejos de la casa, la clavaste en la tierra, levantaste la tierra y sepultaste la bolsa en el agujero. Después de comer te estiraste un rato en la cama. Y yo

corrí al campo de frutales. Encontré el montón de tierra removida y lo levanté. Nada. El campo estaba lleno de montones de tierra removida. Pero estaba seguro que tenía que ser aquel montón. Levanté dos, tres, cinco, diez montones más. Nada, nada, nada, nada. La bolsa no aparecía.

Claudia
No habrías llegado a tiempo, de todas formas. Los habrías encontrado muertos.

Aldo
Reaccioné demasiado tarde. Debí actuar antes. O evitarlo.
Claudia
Eras un niño.

Aldo
A un niño no le das una azada. Y tú me la diste. A un niño no le conviertes en cómplice.

Claudia
La culpa se contagia con tanta facilidad. Y a un niño mudo, mejor que a nadie. La culpa se comparte.

Aldo
Y se esparce. Como los secretos. Y al compartirla, deja de ser culpa. Se convierte en delito.
¿Por qué me llevaste contigo?

Claudia
No quería dejarte solo en la casa. No. No fue por eso. Eras lo único que tenía.

Aldo
¿Eras lo que se entendería como mala?

Claudia
No.

Aldo
A mí me dolió. Pero lo superé. Y aún me dolió más la muerte de mi padre. Y lo superé. Y luego me dolió mi vida. Y lo superé. Gracias a ti. No comprendo que a la gente le duela una rodilla.
Claudia, ¿por qué se ha quedado?

Claudia
Por Dalia.

Aldo
Dalia se fue. Con Teo.

Claudia
Teo no existe. Corrí bajo la lluvia. La olía. Su rastro. Y llegué al estanque. Y allí estaba. En la orilla del estanque. Empapada. En el suelo. Enfangada. Casi tan desnuda como yo. Y me miró y me lloró y me dijo que Teo no existía.

Aldo
Mentira. Teo existe. Debes creerlo. Yo lo creo. Créelo tú también. Si los dos lo creemos, nadie podrá contradecirnos.

Claudia
Le dijiste a Dora que Teo no existía.

Aldo
También le dije que cada día nos comíamos a Dalia de segundo. Le mentí. Le he mentido sin cesar. Teo existe. Lo sabes.

Claudia
Llevé a Dora a la habitación blanca.

Aldo
La sugestionaste. Esa habitación está vacía.

Claudia
¿Sí?

Aldo
Sí.

Claudia
¿Y el croar?

Aldo
Esos gritos sólo existen en tu cabeza. Yo no lo oigo. ¿Por qué insistes en sufrir? ¿Por qué no quieres que aprenda la técnica del origami?

Claudia
Dalia la aprendió.

Aldo
Dalia se fue. Con Teo.

Claudia
Dora me dijo que iba a morirme.

Aldo
¿Por qué?

Claudia
Pierdo mucho tiempo enseñándole. Voy con retraso en el trabajo.

Aldo
En una semana, entre las dos, recuperareis el tiempo perdido. Enséñale bien.

Claudia
Aprende rápido.
Entonces Dalia me mintió. Cuando me dijo en la orilla del estanque, bajo la lluvia, mirándome a los ojos, llorando, derrotada, que Teo no existía. Que Teo eras tú. Y que te amaba. Más que nadie. Más que yo.

Entra Dora.

Dora
Perdón. No quería… Interrumpiros. Llaman a la puerta.

Aldo
No lo hemos oído.

Dora
Creo… Que es Lenzo.

Suena el timbre de la puerta por segunda vez. Ahora sí lo oyen.

Aldo
Voy a mi cuarto. No me apetece hablar con nadie. No me molestéis, por favor.

Aldo se va.

Dora
¿Abro?

Claudia
Espera. Acuérdate de las normas.

Dora
Me acuerdo.

Claudia
Voy yo.

Claudia se dirige a la entrada.
En efecto, se trata de Lenzo, que entra precipitadamente en pos de Dora.

Lenzo
¡Dora!

Dora
Hola, Lenzo.

Lenzo
¡Te he llamando! ¿Por qué no cogías el teléfono?

Dora
Se me estropeó. Se ha...

Lenzo
¡Y no podías llamarme desde aquí! ¡Vámonos!
Dora
¿Por qué?

Lenzo
¡Estaba preocupado!

Claudia
Se encuentra perfectamente.

Lenzo
Me la llevo.

Claudia
¿Cómo que te la llevas? ¡No es ninguna maleta!

Lenzo
Dora, recoge tus cosas y vámonos.

Dora
No, Lenzo.

Lenzo
Comprendo. ¿Podemos hablar Dora y yo un momento a solas?

Dora
No tiene por qué irse. Además, estábamos a punto de ponernos a trabajar. Si quieres, te llamo por la noche.

Lenzo
¿Dora?

Dora
¿Qué?

Lenzo
Haz el favor de levantarte de esa silla. Me pone nervioso. He conseguido la visita con el médico.

Dora
Anúlala.

Lenzo
¿Cómo?

Dora
Lo de las quemaduras está solucionado. Un malentendido. No te lo creerás, resulta que…

Lenzo
Dora, quiero hablar contigo. En privado.

Claudia
Tenemos mucho trabajo, Lenzo. Nos molestas. Si nos haces el favor de marchar.

Dora
¿Te parece bien que nos veamos mañana? Quería pedirte que me trajeras algo de casa de mis padres. Música. Mi colección de música.

Lenzo
No puedo creérmelo. Vente.

Lenzo coge a Dora por el brazo y la levanta. Dora cae al suelo estrepitosamente.

Lenzo
¿Dora?
Claudia
Fuera de esta casa.

Lenzo
Dora.

Dora
¡Vete! Me duele. ¡Vete!

Claudia
¡Fuera!

Lenzo se va.
Claudia ayuda a Dora a sentarse en la silla de ruedas.

Llámale. Cuéntaselo todo. Y que traiga la música.

Dora
Me duele.

Claudia
Se te pasará.

Dora
¿Qué le digo?

Claudia
La verdad.

* * *

Dora
¿Lenzo?
¿Me oyes? ¿Estás conduciendo?
¿Lenzo?

Claudia
Dame un cigarrillo.

Dora
¿Qué?
No podía levantarme. No sabes lo que es pasar todo el maldito día en esta silla de ruedas.

Claudia
El humo nunca vuela en la misma dirección. Como la vida. Aunque algunos se engañen en creer que sí.

Dora
Él hace días que no se va de la casa.

Claudia
Dile que lo sientes mucho.

Dora
Lo siento. Sí, mucho. Pero él no debe enterarse de nada. Se enfadaría con Claudia.

Claudia
Que nos espía.

Dora
No deja de observarnos. Nos espía.
¡Ni idea! ¡Manías suyas, supongo! ¡Tendrá celos de que su madre hable con otra persona que no es él! Estoy bien, eso es lo que te tendría que preocupar.
¡Tampoco te pongas así! ¿No te has fijado en cómo has entrado? Te faltaba llenar las paredes de escupitajos.
No, no he podido llamarte. El móvil. Te lo he contado antes. Te has pasado.
¿Por esa tontería? ¿Por eso te has preocupado? ¿Qué creías, que me había fugado como Dalia, con un guardabosque o vete a…?
¿Cómo? ¿El amante de Dalia, guardabosque? ¿De dónde sacas eso?

¿Que yo lo acabo de decir? Si me lo he inventado. Lenzo, por favor. Oye, ¿estás conduciendo?
Haz el favor de parar el coche.
Me daba apuro pedirles que me dejaran llamarte desde aquí. Son muy rácanos.
No, raros no. Rácanos. Pero tampoco se merecen la escena que has montado antes. ¿Quieres calmarte? No necesito que nadie me rescate. Me valgo solita.

Claudia
Joven con tendencia a hacerse el héroe.

Dora
Pues claro que me afecta el que te enfades conmigo.
Sí, te... Quiero.

Claudia
Con tendencias a los valores.

Dora
¿Quieres parar el coche de una vez?

Claudia
Querencias erróneas. Que se acuerde de la música. Sobre todo.

Dora
No.
No.
Eso es asunto mío.

Claudia
¿Qué dice?

Dora
Les estoy ayudando con el libro.
Claro que me han subido el sueldo. Tengo más responsabilidades.
¿Lo que no ibas a creerte? ¿A qué te refieres?
¡Ah! Que vino un médico. ¡Es verdad! Lo trajo él. La visitó. Está todo en marcha. La semana que viene irá a hacerse unas pruebas. Lo de los cigarrillos no era verdad. Le gusta mentir. Bueno, gastar bromas así.
Bastante pesadas, sí. Tiene erupciones en la piel. Una alergia a alguna planta. Le salen ampollas y se rasca. Se las levanta y se le forman esas heridas. El médico este se lo mirará.
Sí que eran marcas de ampollas. Se las he visto. Después de trabajar en el jardín.
Estoy bien, de verdad. De verdad. Créeme.

Claudia
Créela. Y trae la música.

Dora
¿Quieres venir mañana?
Más calmado, ¿de acuerdo?
¿Mi motocicleta? ¿Qué le pasa a mi motocicleta?

Claudia
La guardé en el garaje.

Dora
En el garaje. ¿Por qué?
¿Gasolina en el suelo?

Claudia
Se me cayó. Pesaba mucho. Saltó el tapón y…

Dora
No lo sé. Del coche de él, supongo. ¿Vendrás mañana?
A la hora que quieras.
Pues si no puedes antes, por la noche.
Tú verás. Muy bien. ¿Te quedas más tranquilo?
¿Mis padres? Habla con ellos.
¿Qué pasa? No será la primera vez que hables con ellos. Llámales. Cuando estés más calmado. No quiero abusar del teléfono.
Sí, si quieres llámame a este número. Supongo que no me pondrán ninguna bomba en el auricular.
Venga. Hasta mañana. Y no hables por teléfono mientras conduces, sabes que no me gusta.
Sí. Yo también.
Sí.
Viene Claudia. Te dejo. Adiós.

Claudia
No le has pedido que traiga música.

Dora
No hace falta. Tiene buena memoria. Mañana la traerá.
Aldo.

Claudia agita brazos y piernas para dispersar el humo del tabaco.
Entra Aldo.

Aldo
Se ha ido muy pronto. Y muy resuelto. Le he visto cruzar el patio a la carrera.

Dora
Hemos… Discutido. He hablado con él… Por teléfono.

Aldo
Lo sé. He escuchado la conversación. Por el supletorio de arriba. Claudia, quiero hablar con Dora. Danos media hora, por favor. Déjanos solos.

4

Donde Dora manifiesta sus múltiples pliegues.

Aldo, Dora.

Aldo
Lo único que no he entendido es la parte del médico. Que yo haya traído un médico a la casa. Lo otro lo comprendo. Porque me amas a mí, le mientes a él. Espero que no exista una explicación más rebuscada. Dímelo tú. La imagiración tiende a jugar a favor de cada uno. La realidad no. ¿Me equivoco?

Dora
No te… Equivocas.

Aldo
Tengo mis dudas. A veces se miente a quien se ama para mantenerle cerca.
Te estoy dando una segunda oportunidad, Dora. Te he preguntado si existe otra explicación.

Dora
¿Es un interrogatorio?

Aldo
Te dejo escoger. Interrogatorio o tortura.
De acuerdo.
¿Le has dicho a Claudia que quizás tenga cáncer?

Dora
No.

Aldo
Le dijiste que iba a morirse.

Dora
Se quema. Con los cigarrillos que fuma. Para olvidar el dolor... De su cuerpo.

Aldo
Lo sospechaba. Mejor dicho, lo sabía pero no quería creérmelo.

Dora
Sufre de dolor. Desde hace mucho. Si es cáncer… Que lo es… Debe estar muy avanzado. Años. Dos. O tres años.

Aldo
Yo también quiero que la visite un médico. Es ella que no quiere. No desea separarse de mí.

Dora
Puede... Morir.

Aldo
Llámame raro. No, raro no lo has dicho tú. Lo ha dicho Lenzo. Tú me has llamado rácano, espía o chismoso, mejor chismoso, y celoso, celoso de compartir a mi madre. Edípico. Rácano, chismoso y edípico. Prefiero quedarme con raro. Si mi madre quiere quedarse en esta casa, yo no puedo oponerme.

Dora
Sufrirá.

Aldo
Sufrirá más si se va.

Dora
¿No te importa que muera?

Aldo
Su cuerpo. Su cuerpo quiere morir. ¿Quiénes somos nosotros para evitarlo? ¿Dioses? Ella puede escoger su muerte. Su manera de morir. Toda su vida ha tenido que soportar las elecciones de los demás, los caprichos de los demás. De su marido, de su hijo. No estaría mal que por una vez le dejáramos escoger. Lenzo te ha preguntado si te valía la pena vivir en esta casa. Tú le has respondido que eso era asunto tuyo. Mi madre ha decidido lo mismo. Y lo costea como puede. Quemándose con cigarrillos, si eso le sirve para mitigar el dolor.
¿De qué no debo enterarme?

Dora
No sé de qué me…

Aldo
No me gustan las personas que, en nombre del amor, se creen con derecho a mentir. Al principio de tu conversación con Lenzo, ¿de qué no debe enterarse Aldo?
Te refrescaré la memoria. Le has dicho que te pasas el día sentada en la silla de ruedas. Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu móvil?

Dora
Claudia… Me lo rompió.

Aldo
Sus motivos tendría.

Dora
No. Ninguno.
Aldo
Cada vez me lo pones más difícil. Atemos cabos. A ver. La motocicleta. Tu motocicleta estaba intacta. No encontré un solo rasguño. No te caíste. No sufriste ningún accidente. ¿Por qué no puedes andar? ¿Mentira también?

Dora
Era… Mentira. Antes. Ahora no. Ahora es verdad. Claudia me hirió. En la rodilla. Con un tenedor. Le dije que iba a morirse.

Aldo
Morir para ella es separarla de mí. Un silogismo inevitable para ella.
¿Estaba Claudia a tu lado mientras hablabas con Lenzo?

Dora
Sí.

Aldo
¿Has entrado en la habitación blanca?

Dora
Sí.

Aldo
¿Qué conspiras? ¿Qué conspiráis?

Dora
Las dos.
Sí.
Bailamos juntas.

Aldo
Tendrás que esforzarte más. Tanta mentira junta. Nauseas.

Dora
Es cierto. Bailamos. Juntas. Mi música.

Aldo
En esta casa no entra nada desde la muerte de mi padre. Ningún disco nuevo, ningún libro que no estuviera ya. Mi padre no los necesitó. Mi padre fue belleza. No puedo expresarlo de otra manera. Mi madre tampoco lo necesita.

Dora
Bailamos.

Juntas.

Aldo
Demuéstramelo.
Que no conspiras.
Que no me mientes.
Que me quieres.

Aldo coge un objeto y lo lanza al otro extremo de la habitación.

Aldo
Recógelo.

Dora titubea.

Aldo
Sin silla de ruedas.

Dora se arroja al suelo. Se arrastra por el piso conteniendo el sufrimiento. Alcanza el objeto con el rostro compungido de dolor.

Aldo
Tráemelo.

Dora se arrastra hasta los pies de Aldo y le extiende el objeto. Aldo lo coge y al instante lo deja caer al suelo.

Dora
Tu madre… Ella no quiere vivir. Consíguelo tú. Sácala… De aquí. Por ella.
Sufrirás.

Aldo
Sólo me queda una opción.
Si ella quiere morir, no puedo más que dejar de amarla.
Es la única libertad que poseo.
Y recordar el motivo por el que te besé. Y creer que fue por amor. Y no por odio. O si no por amor, por complicidad. Porque mi madre me hizo creer que había sido malo en el campo de frutales. Que había cometido un crimen. Y al cabo de dos días, en el patio de la escuela, un lunes, cuando te vi llorar como once cachorros de perra recién nacidos, quise actuar, ser bueno, por primera vez en mi vida, sentir que podía ser bueno. Y recuperé tu pañuelo. Y te besé. Te besé y no por amor. Ni por odio. Ni por no pegarte. Te besé porque me diste la posibilidad de ser bueno. Y en tus labios refugié mi bondad. Toda mi bondad. Toda mi bondad que huía despavorida de mí. Fuiste mi escondrijo.

Dora
Me hiciste cómplice de tu bondad.
Sabía que aquel beso…

Aldo

Me escondí en tus labios. Lo escasamente bueno que quedaba de aquel niño, escondido. Un pliegue del pasado que ahora se abre. Qué estupidez. Lo había olvidado.

5

Donde Claudia manifiesta sus múltiples pliegues.

Aldo, Claudia.

Aldo
Y se apaga la luz... Y todos los párpados se cierran, miles de párpados, unos encima de otros, amontonados sobre mis ojos, intento abrirlos pero cada vez pesan más... Y mis pensamientos se precipitan, se escurren, se arrojan hacia la oscuridad... Tan rápido... Veloz... Sin control... Llega el momento de la creación... No soy nada y, al mismo tiempo, lo soy todo... Puedo serlo todo... Y creo.
Es ese instante que busco... Un instante perdido en algún lugar del infinito donde todo puede contemplarse... Y empiezo a plegar y mi vida gira y se tumba y se retuerce y toma forma... Es como plegar papel... Es como plegar personas.

Claudia
No hables tan bajo. De niño hablabas igual de bajo.

Aldo
Pensaba en voz alta.

Claudia
Hablabas tan bajo que nadie te oía. Te daba miedo salir de tu cabeza. Por el rechazo. Por no ser querido.

Aldo
Nunca nadie me ha querido tal como soy.

Claudia
Construimos un mundo a tu medida. Tu padre y yo. En la escuela, aquel mundo no era el tuyo. Te sentías abatido. Incomprendido.

Aldo
No me acuerdo.

Claudia
Creías que te habíamos sacado de la escuela porque tu padre quería educarte por su cuenta.

Aldo
Me estaba desperdiciando.

Claudia
No es cierto.

Aldo
No es ninguna mentira. No avanzaba en los estudios. Me soportaba a mis compañeros de clase. Mi padre lo hizo para salvaguardarme de ellos. Me lo explicaste.

Claudia
Llegó un día en que dejaste de llorar. Un día, al prepararte para la escuela, dejaste de llorar. Tu cara se volvió gris. Un niño quieto. No hay nada peor que un niño quieto. En todos los sentidos. Te conducíamos hacia la soledad. Tu padre me lo contaba por la noche, llorando. En cuanto asumía su rol de maestro y entraba en la clase y te veía, en un rincón, solo, muerto en tu pupitre, se hundía. El día que te sacamos de la escuela, tu padre os había preparado un examen sorpresa.

Aldo
Una hoja en blanco.

Claudia
¿Te acuerdas?

Aldo
¿De qué? No. Me ha venido a la cabeza la imagen de una hoja en blanco. Un miércoles.

Claudia
Al acabar el examen recogió las hojas y encontró una en blanco. Preguntó a la clase de quién era. Nadie respondió. Ordenó que os levantarais. Empezó a leer los nombres de los exámenes. Los alumnos se sentaban al oír su nombre. Llegó a la hoja en blanco y miró a la clase. Sólo quedaba un alumno en pie. No se sorprendió. Sabía de quién se trataba mucho antes de llegar a la hoja en blanco. Sabía que no encontraría el nombre de su hijo. Se acercó a ti y te dijo:

–Como mínimo, escribe tu nombre en el examen.

Fuiste incapaz. Te sentías nada. Tan nada que ni nombre creías tener. Te dio la hoja. Te temblaba el lápiz en la mano. Clavabas la punta en el papel, aplastabas el lápiz contra la hoja, ni siquiera la inicial pudiste escribir.
En casa, mejoraste. Surgía tu pensamiento. Manaba. Te sentías a gusto. Y tuvo que morir tu padre.
Creías que tu padre había dejado la escuela por su enfermedad. No es cierto. La dejó por ti.

Aldo
¿Por qué me cuentas todo esto?

Claudia
Te lo cuento porque me estás queriendo menos.
Como madre, como mujer. Me tratas como a una niña.
Murió tu padre y quisiste seguirle. Acabar con tu tiempo también. Tenías seis años cuando quisiste marchar.
Pude evitarlo. No sé qué habría sucedido de no llegar a tiempo.

Aldo
¿Cómo quise hacerlo?

Claudia
Intentaste prenderte fuego.
Yo te apagué. Te salvé. No quise separarme de ti durante días. No te dejaba apartarte de mi regazo. No quería dejarte solo. No quería que te sintieras solo. Y cuando te alejaste un solo paso, la resolución fue firme. No quería que olvidaras más. Hasta entonces, habías olvidado toda tu infancia. Con aquel primer paso, volvías a nacer. Vivías. Y quería que te acordaras.
Tu tatuaje. "Vive."
Fui tu madre cuando necesitaste una madre. La mejor manera de mantenerte a mi lado como hijo fue haciéndote creer que me necesitabas. Por eso me amaste.
Cuando necesitaste una mujer, fui una mujer. Como mujer, la mejor manera de mantenerte a mi lado fue amándote. Y también conseguí que me amaras como mujer. Me correspondiste.
Claudia ha sido dos personas. Madre y mujer. Se han relevado de mutuo acuerdo. No existe desacuerdo entre ellas. La misma esencia. Ahora la mujer extiende el brazo y le pasa el testigo a la hija. Si tú quieres, seré tu hija.
Como hija, te necesitaré. Ahora te necesito. Hazme creer que te necesito. Para mantenerte cerca de mí.

6

Donde las ranas se baten.

Dora, Claudia.

Dora
Lo que vi. En la habitación blanca. ¿Era Dalia?

Claudia
No quiero hablar de ello.
¿Lo dudas?

Dora
Me dijiste… Había mucha luz. Yo estaba asustada. Y aquello no se movía. Me dijiste que si hacía algo que no quisieras, matarías a eso. Me hiciste cómplice de tu maldad.

Claudia
Dalia quiso traspasar demasiadas dobleces a la vez. Cayó en la locura. La vez que la vi cerca del estanque, llovía, estábamos empapadas. Y la puerta de regreso se le cerró de golpe. A sus espaldas. Hay que conocer los pasos. Incluso el amor puede rebasarse.

Dora
Con la bondad.

Claudia
Con la locura.

Dora
No te creo. Cada vez te creo menos. Me obligaste a permanecer contigo. A callar. A mentirle a tu hijo. Para salvar a Dalia, me dijiste, todo esto tienes que hacerlo para salvar a Dalia. Creo que me engañaste. Que Dalia no está ahí detrás. Que nunca lo ha estado. Que me retienes. ¿Por qué?

Claudia
¿Que te retengo? Porque necesito lo que hay fuera.

Entra Aldo.

Aldo
¿Cómo me veis hoy?

Claudia
Estamos trabajando. No molestes.

Aldo
Un momento. ¡Mirad estos músculos! ¿Qué tal?

Claudia
Estupendos.

Aldo
¡Mens sana...!

Suena el timbre de la puerta.

Aldo
¡Lenzo! ¡La última visita de Lenzo!

Aldo va a abrir la puerta de entrada.

Dora
Intenta hacerte feliz.

Claudia
Me hace feliz.

Dora
Estoy recuperada de la rodilla.

Claudia
¿Tan pronto?

Dora se incorpora de la silla de ruedas.

Dora
Soy más alta que tú.

Claudia
Dices que te retengo. ¿Por propia voluntad? Ya puedes caminar. Irte. Vete. Lo que necesitas es un motivo para odiarme. ¿No tienes bastante con lo que te mostré? ¿Qué te retiene?

Dora
Querer a Aldo.

Claudia
Aldo ha dicho que sería la última visita de Lenzo.

Dora
He hablado con Aldo. Voy a romper con Lenzo.

Entran Aldo y Lenzo.

Dora
Hola, Lenzo.

Lenzo
Dora, ¿cómo estás?

Dora
Como ves, puedo caminar.

Aldo
Impresionante.

Lenzo
No tanto. Ha tardado en recuperarse.

Aldo
No me refiero a que pueda andar. Me refiero a la frase. "Como ves, puedo caminar". Es una frase perfecta como punto de partida. ¿No os habéis fijado? Es la primera vez que nos reunimos los cuatro. Claudia, Dora, Lenzo y yo. Los cuatro en la misma habitación… En realidad, no es la primera vez, pero como si lo fuera… Se sube el telón y aparecemos los cuatro. En escena. El decorado, esta habitación. Tal cual. Tantas posibilidades ante nosotros. Posibilidades que se abren como una flor de papel, una flor de fantasía. Se estremecen sus pétalos. El principio de una imagiración. Permitámosle que avance. Dora lanza el disparo de salida. "Como ves, puedo caminar." Una muchacha en pie al lado de una silla de ruedas, ¿la anunciación de un milagro? Claudia, a su lado, una mujer madura que mira al recién llegado con temor. No, temor no. Con advertencia. Intenta advertirle de algo. Pero creo que el recién llegado no se entera. ¿Entiendes algo, Lenzo? Tú eres el recién llegado. Se nota enseguida que eres tú. Por tu manera de moverte, no conoces el espacio, es evidente. En cierta manera te resulta hostil. ¿De qué te advierte Claudia? Quizás de que eres un héroe. Todos esperamos que te comportes como un héroe, tú el primero. Tu devoción por los valores. Lástima que no tengas papel en esta obra, un héroe sin papel. En menos de cinco minutos saldrás por esa puerta para no volver nunca más. ¿Lo sabías? ¿No?

Lenzo
Aldo, creo que…

Aldo
Calla. No tienes papel. No puedes hablar. Escucha si quieres.
Dora, habla.

Dora
Estoy… Enamorada… De Aldo.

Lenzo
¿Qué?

Aldo
¡Silencio!

Dora
Le amo.

Lenzo deja caer al suelo el paquete que traía.

Lenzo
Tu música.

Aldo
¿Qué es eso?

Dora
Lenzo.

Lenzo
¿Desde cuándo?

Aldo
Desde que nos besamos. A los cinco años.

Lenzo
¿Dora?

Dora
Sí.

Aldo
Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. El héroe se larga. El rabo entre las piernas. Adiós, héroe. Adivina, adivinanza: ¿título de la obra? No es tan difícil, antes os lo he dicho. "Héroe sin papel".

Lenzo
Adiós.

Dora
Lenzo, no te vayas.

Lenzo se va.

Aldo
Me he equivocado. Han tardado menos de cinco minutos. Dora, recoge el paquete del suelo.
Recógelo.

Dora
Aldo.

Aldo
Es para ti, ¿no?

Dora se dirige hacia el paquete.

Aldo
No, a cuatro patas.

Dora titubea. Y obedece. Se arrodilla.

Aldo
Cabeza gacha.
Las manos, detrás de la cintura.
Tobillos juntos.

Claudia
Aldo, no.

Aldo
¿Tienes algo que decir?
Dora, tobillos juntos.
Y ahora avanza hacia el paquete. Saltando. Como una rana. Una rana saltarina. Lo que no querías enseñarle tú, madre, se lo enseño yo. En cuatro pasos.

Dora rompe a llorar.

Claudia
No.

Aldo
¿Qué dices, madre? No permites que humille a Dora. ¿O te molesta que me avance a ti? Dora es muy buena alumna, mejor que Dalia, creo. Mira qué rápido ha aprendido a hacer la rana. En cuatro pasos. A Dalia le costó más. ¿Algo que decir, madre?
Dora, salta.

Dora salta como una rana en dirección al paquete.

Aldo
¡Alto! ¡Me olvidaba! ¡La boca y los ojos! Madre, si eres tan amable. ¿No querías que te tratara como a una niña? Píntale boca y ojos, por favor. La boca muy sonriente. Los ojos muy abiertos.

Claudia
No me divierte.

Aldo
A mí tampoco. Los juegos de niños no son para los adultos. Pero no te preocupes, de aquí a nada una de vosotras, solamente una, se lo pasará en grande. ¡La boca y los ojos!

Claudia pinta una boca en la espalda de Dora.

Aldo
¡No! ¡Quítale la ropa! ¡En la piel!

Aldo le arranca la ropa a Dora.
Claudia pinta la boca y los ojos en la espalda descubierta de Dora.

Aldo
Salta, ranita. Hacia el paquete.
¿Por qué lloras, Dora?
Croa.
¡Croa!

Dora se desmorona.

Dora
Claudia… Me dijo… Que si no le obedecía en todo… Mataría... A Dalia… Que la tenéis encerrada en aquel cuarto… Que podéis hacerle lo que queráis... Que yo tengo que obedecer en todo… Para que no le hagáis daño... Y tú acabas de decir que me quieres y yo te quiero y no aguanto más…

Aldo
¡Mentira!
¿Tanto la has querido humillar, madre? ¿Hasta este extremo?
¿Callas?
¿No quieres defenderte?
Haz como ella. De rodillas. Cabeza gacha. Las manos, detrás de la cintura. Tobillos juntos. ¡Venga!

Claudia obedece.
Aldo la despoja de la bata y le pinta una boca y unos ojos en la espalda.

Aldo
¿Esto es lo que le hiciste a Dalia, verdad? Ella estaba atada, claro. La ventaja era indiscutible. Te había engañado durante tanto tiempo, te había hablado tanto de Teo...

Hasta que la encontraste en la cama. Conmigo. Recuerda que en aquella cama también estaba yo. Éramos dos haciendo el amor. La ataste. La tuviste encerrada. Horas. Días. Conseguiste que enloqueciera. Pero incluso en ese estado se resistía a ti, os peleasteis, ella te arrancó el cabello. Escapó.

Claudia
Teo eras tú.

Aldo
Sí. Quien la amaba por las noches. Era yo. Por las noches, a ella. Durante el día, a ti. La perseguiste. Corriendo bajo la lluvia. ¿Qué le hiciste en el estanque?

Claudia
Yo...
Me dijo llorando que Teo no existía. Que Teo eras tú. Y que ella te amaba. Más que a nadie. Más que yo. Y...
Nada. Se fue.

Aldo
No puedo tratarte como a una niña. La inocencia no se recupera.

Claudia
Puedo ser tu mujer. Otra mujer. Otra mujer distinta de la que soy. No necesitas a Dora.

Aldo
Sí. La necesito como necesitaba a mi padre. Para protegerme de ti. ¿Quieres que Dora también se vaya? No. A Dora te la habías ganado. Satisfacía tus caprichos. Música, tabaco, periódicos, todo lo que mi padre, tu marido, odiaba. Todo lo que sabía que podía lastimarnos. Todo lo de fuera, todo lo demás, todo lo que no era yo, todo lo que me había convertido en un niño muerto, amnésico, mudo. Todos esos amasijos amorfos que no me permitían pensar. Y a mis espaldas.
¿Cómo convenciste a Dora de que Dalia seguía encerrada en esa habitación? No sé cómo lo hiciste, pero lo conseguiste. Claro, encontraste la mejor manera de controlar a una persona. La clave. Hacer que de ella dependiera la vida de Dalia. Le contagiaste tu culpa. La convertiste en cómplice. Y sin sentirte culpable en absoluto, porque no existe esa otra vida. La habitación blanca está vacía.

Claudia
¿Qué te sucede, Aldo?

Aldo
Vas a morirte. Y tú nunca me enseñaste a estar solo. Siento pánico. Y tú vas a morirte. Vas a dejarme solo.
Tengo que dejar de amarte.

Claudia
No. ¿Por qué dices eso? No eres capaz.

Aldo
Papiroflexia humana. Origami.

Claudia
Yo te amo.

Aldo
Demuéstramelo. Demostrádmelo. Las dos. Emplead toda la vida que contienen vuestros cuerpos y amadme, deseadme. Quien gane, formula el deseo. Se cumplirá. Un deseo: la puerta a cualquier posibilidad. La esencia del origami. Una de vosotras dos nos tendrá a los tres bajo su voluntad. Mientras tanto, me amáis, ¿no? Saciaos. Devoradme.
Yo, simplemente, no quiero estar solo.

Dora y Claudia dudan un instante. Claudia reacciona primero: se abalanza como una rana saltarina sobre Aldo. Dora le sigue.
Las dos ranas humanas besan, muerden, escupen, sorben el cuerpo de Aldo. Tres cuerpos entrelazados. Seis brazos y seis piernas enredados en la pasión que une el odio y el amor. Aldo, Claudia, Dora. Los cuerpos de los otros dos, el propio. Sin principio ni final.
Hasta que los labios de Dora secuestran a Aldo y le revelan su escondrijo. Y Aldo se llena.
Claudia, de repente, se percata de lo que ocurre. Está perdiendo. Abandona el cuerpo de la rana, se endereza, grita y se dispone a estrangular a Dora. La toma por el cuello y aprieta. Pero sus brazos se vuelven lacios en el último momento. Dora aspira hondo, una bocanada de vida. Sus ojos, clavados en los de Aldo, que sigue el hálito con su cuerpo y se entrega a la muchacha, convirtiéndose en cómplices.
Y Claudia se retira, una intimidad ajena le impulsa a alejarse. Enciende un cigarrillo. Su mirada se extravía en algún confín remoto. A su lado, la pareja hace el amor. Y llegan los silencios infinitos.
El cigarrillo se extingue al mismo tiempo que los cuerpos de los amantes.
Y Aldo rompe los silencios.

Aldo
Dora.

Dora
Claudia, vete.

Claudia
Aldo...
Murió tu padre y le prendí fuego a todo. Quemar. Quemarlo todo. Quemarnos. A nosotros. Me arrepentí en el último instante. Te salvé. Cada cigarrillo que fumo es el recuerdo de aquel final. Te salvé y me perdí. Perdí. Como ahora. Tú no puedes ser como tu padre. Me lo has demostrado. Él fue perfecto. Tú no. Y yo siento que estoy muriéndome. Tú me has hecho sentir que estoy muriéndome. Por fin ardo. Sola. Como tenía que ser. Mi libertad. La vuestra. Adiós.
Ah, hijo. Antes tengo que decirte algo.
Dalia ha regresado.
Por su propio pie.
Adiós.

Y una rana croa. Detrás de la puerta blanca.
Que se abre lentamente.